

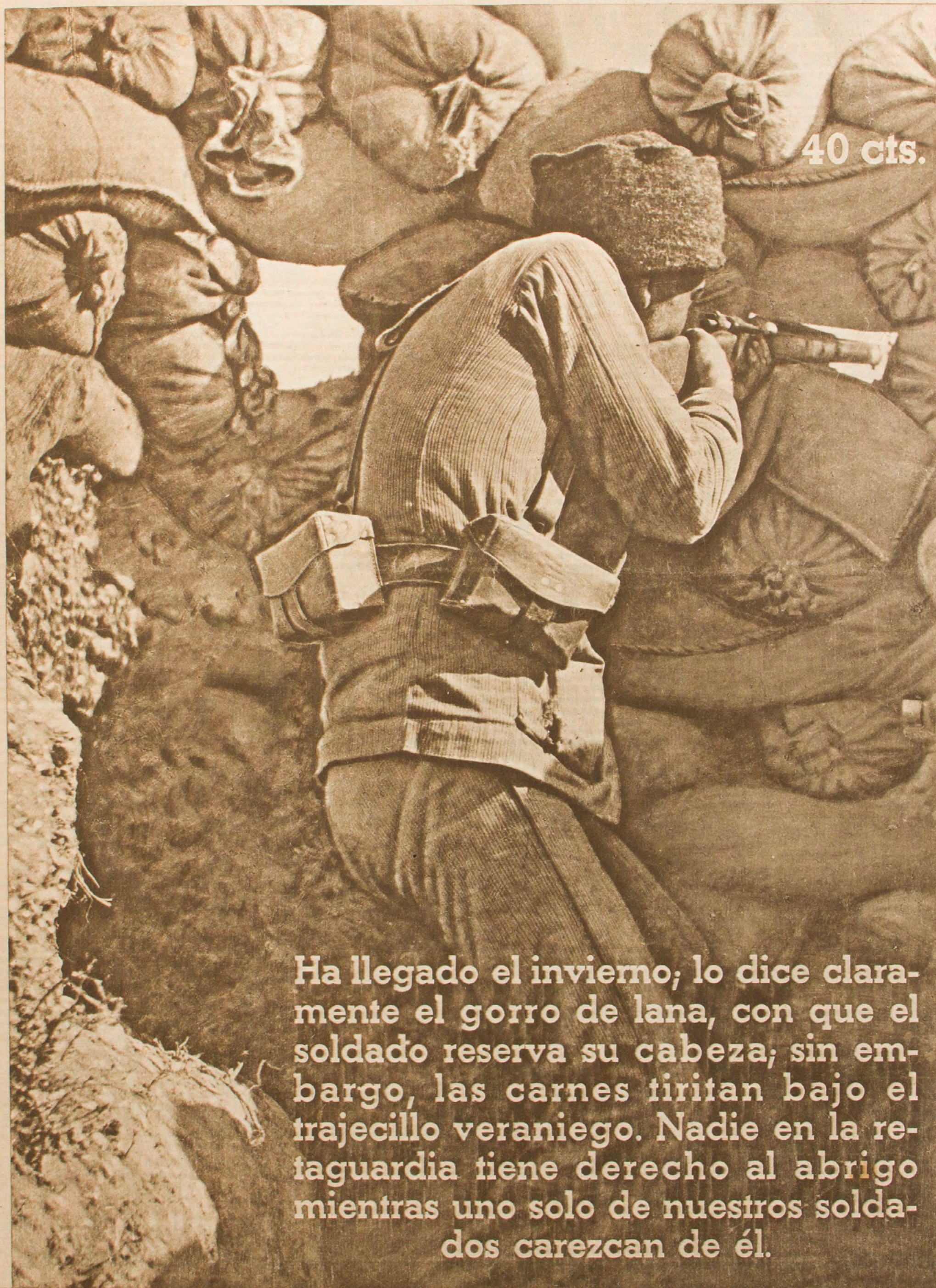
# El Umbraal

C.D.H.S.-A.E.P.  
Barcelona

4 de diciembre de 1937

**Nº 20**

DIRECTOR:  
A. Fernández Escobés



Ha llegado el invierno; lo dice claramente el gorro de lana, con que el soldado reserva su cabeza; sin embargo, las carnes tiritan bajo el trajecillo veraniego. Nadie en la retaguardia tiene derecho al abrigo mientras uno solo de nuestros soldados carezcan de él.



# MAPAMUNDI

## AMERICA Y LOS TOPIICOS

**L**A propaganda española de cualquier signo tiene un inconveniente grave en América: el inconveniente de que la mayor parte de los españoles creen que América vive todavía una de sus épocas coloniales.

Parece que tales españoles vanidosos dan por sentada la simpatía americana sin necesidad de ganarla ni de merecerla. Ir a América a estas alturas con el tópico de la maternidad hispánica, es una insensatez.

América tiene ya en su haber la beligerancia que se debe a aquel Continente, lo mismo que al australiano o a Londres. Lo más irritante para un americano es la ciudadanía hispánica que los españoles officiosos le confieren en tono protector.

La zona de América más transitada es un crisol reciente de razas nómadas europeas, mientras que España—incluso la España transitable—es un retablo de razas sedentarias, sólo lejanamente andariegas. El vasco, el gitano y el bereber, las razas más influyentes en España, proceden de Asia y de África. El latinismo es un tópico inventado por unos cuantos ignorantes y aprovechado por Mussolini para embaucar a unos miles de oficinistas y a unos miles de polizontes. Las razas se aposentaron en el solar ibérico, y en América no se han aposentado todavía.

En el complejo americano, tan digno de estudio, el español recién llegado no triunfó nunca comercialmente sin ejercitar ciertas virtudes aldeanas primitivas que en ocasiones no son virtudes ni aldeanas ni primitivas, pero que proceden del terruño originario. Y si el celta se enriqueció como potencia mercuriana en América, también se enriqueció allí el hebreo, ejemplo de honradez unas veces y de especulación otras. Pero el celta no se hizo nómada como el hebreo.

Nunca vivió allí el valor indígena, puro y universal, adverso en absoluto al comercio. El indígena americano podrá ser mañana un hombre más culto, pero nunca será un tendero, como lo son los celtas católicos, los cartagineses del Mediterráneo bautizado, y los hebreos.

El elemento latino americano que tiene infusas creyéndose subclase del patriado ibérico, en realidad es como un pequeño mico doméstico. Explora colonialmente en América a los labriegos—indígenas o no—, y su elegancia se reduce a traficar en grande con artículos tan malolientes como carne, lana y piel, apenas ya con trigo. De aquel elemento sale la precaria diplomacia remolcada en Ginebra, un monroísmo de "platita" y el cultivo del léxico más tormentoso y poco novedoso, a la manera de Larreta.

Contra todas estas cursilerías, Carriedo nos valga con su pintura de los "conventillos" o casas populares de vejez. Y válganos también, sin criollismo de novela ni de tango, el poncho pampero. Contra la repostería arilesca de Rodó, Florencio Sánchez y Barret nos asistan con su acidez crítica y su esfuerzo puro. Rodó, carácter ensuante, buscó el espíritu de delicadeza en Ariel, un equívoco personaje de la jaula de Shakespeare. Hay que buscarlo en el indio Thalcave, primitivo como un esquimal que siente la nobleza de la palabra dada y el desprecio contra la mollicie de la granjería blanca.

Rubén Darío era una especie de embarcador de princesas pálidas que enviaba a América en serie desde Europa como un criado de América y de Europa. A su vergonzante americanismo ahogado por los estigmas afeminados de Europa, preferimos la hazaña de los indios que llenaron de oro fundido la boca del tirano español Valdivia para apagar ejemplarmente la inextinguible sed de oro de aquel tirano conquistador.

La América extrañable, nuestra sin posesivo, por fraternal telepatía, la hemos vuelto a comprender ahora al abrazar en España al escritor González Pacheco y al oírle afirmar el problema de la libertad ganada y fértil como inseparable de la conciencia despierta y del trabajo dignificado.

## LA CLASE SOCIAL COMO CASTIGO

Hay un caso de extraordinario relieve para comprender el margen de confusión que determina a veces en un ser humano el hecho de sus prejuicios de casta.

Todos sabemos que hay una grey femenina de origen obrero o de clase media que recientemente—ya antes del 19 de julio—ha cambiado su indumentaria y sus modales en un sentido de libertad. Esto es indudable. Pero ¿de qué libertad se trata?

La libertad de sentarse en uno de esos tripodes de bar importados de América, la libertad de oír música negra importada de África y de fumar cigarrillos importados de Asia.

El cine ha tenido arte y parte con carácter exclusivo en estas libertades tan menguadas y tan asquibales, reducidas a buscar un color rubioplatino y enfundarse en estrechas prendas de vestir favorables a la silueta de cineastas notorios.

Estas chicas nacieron en un medio modesto. Vieron en la calle y en el teatro que las protagonistas caracterizadas de su sexo, es decir, las mujeres machuchas se dejaban la melena rizada. Inmediatamente imitaron aquella moda. La familia propia andaba un tanto rezagada, según ellas.

Obtuvieron trabajo: vendedores de géneros femeninos, mecanógrafas y pequeñas profesiones afines con la frivolidad novelera de nuestro aturrido tiempo. Todas querían ser reinas de concurso y artistas de la pantalla. Muchas de ellas comprendieron el camino más apropiado para llegar a ser estrellas de un sugestivo firmamento de celuloide, y tuvieron que quedarse de taquilleras de cine.

¿No veían que su destino era una imitación? Más que nada, eran víctimas de sus verdaderas rivales, esas mujeres amojamadas y de sangre turbulenta aún que se anidan para seducir, y cuya estrategia no está precisamente en pintarse los labios y "hacerse" una cabellera de lino, sino en iniciativas mucho más descaradas y clandestinas, capaces de soliviantar al hombre, que es por naturaleza sumiso, aunque sea a veces grilón.

La iniciativa, la ofensiva mejor dicho, para cazar al hombre, maró la derrota de las jóvenes incapaces aún de ser extremistas en la artes de la seducción. Y fué entonces cuando la grey femenina juvenil volvió un poco desencantada a sus lugares de trabajo, sin apreciar los verdaderos términos de la derrota. Pero volvió con resabios de clase de altura, con preocupaciones ya permanentes. A hurtadillas sacaba a la calle con alboroz la lata de la basura.

Ingresó, haciendo gestos displicentes, en un organismo de clase. Cuando este organismo de clase quiso elevar y dignificar las condiciones del trabajo, hizo ella un mohín de enemistad, como si viviera en una clase privilegiada, como si nada pudiera esperar de los compañeros de trabajo. Pero con todo su rubioplatino y todo su carmín en los labios tenía muchas veces que barrer la tienda. Y esta faena tan dignificadora parecía reñida con sus más íntimas predilecciones.

No tuvo claridad de juicio para ver que cuando creía obrar con independencia y libertad, imitaba a mujeres más experimentadas y más fácilmente victoriosas ni tuvo claridad de juicio para dedicar al estudio las horas muertas del espejo, ni vio que el ejemplo de moralidad estaba en la obrera aplicada y limpia, en la propia madre o en la hermana emancipada, como en la amiga sin pretensiones. Y, sobre todo, no vio que las mujeres machuchas y requemadas conseguían que las jóvenes se entretuvieran en pasatiempos faciales para olvidar otras seducciones más directas y perentorias.

Puede todavía libertarse de la frivolidad y salvarse de ella. ¿Lo hará? Su primera preocupación habría de ser evadirse del escaparate, que es la calle para ella, y prescindir de la química facial.

## LAS INHIBICIONES

Todas las ciencias en curso estudian como uno de sus apartados más exigentes y más tentadores para el investigador el problema de las inhibiciones.

Los arcanos del complejo de inferioridad van aclarándose trabajosamente. Del psicoanálisis de Freud va quedando lo que su discípulo Adler superó concienzudamente a tono con los estudios de ramas afines.

A la luz de estas actividades podemos observar que los problemas de la inhibición van quedando en primer plano. Pavlov, el sabio que murió no hace mucho tiempo en territorio soviético, dedicó su vida a estudiar las inhibiciones del ser humano, sus causas y correlarios. Un científico francés, Binet, verdadero Argos de la neurología, ha estudiado pulgada a pulgada la documentación evangélica para deducir que el pretendido Jesús era fisiológica y psicológicamente anormal, un delirante, un mosaico de inhibiciones.

Toda la gama de los reformadores, toda la locura de las religiones, todo ese Himalaya de brutalidad autoritaria que invade la tierra y la va sojuzgando se debe a la inhibición del hombre como tal. En parte ya lo probó el profesor Gille. Y ha llegado el momento de subrayar éstas y otras pruebas para establecer que cualquier solución impremeditada que en la vida particular o en la de relación es una catástrofe, de la que se deduce un siglo de catástrofes, responde a un sentimiento de inferioridad no superado.

El temor de enfrentarse con un problema vivo hace que se resuelva con expedientes muertos que de momento dan apariencia de solución, pero que no son soluciones, ni siquiera interinas. La religión fomenta el sentimiento de inferioridad porque su mira tal vez única está en evitar que el género humano se enfrente con sus propios problemas. Las religiones han llegado a propagar que el sentimiento de inferioridad es el estado perfecto, la santidad. Y si estudiamos las repentinas apelaciones a la unión sin aglutinante natural, veremos que muchas veces resulta un expediente dilatorio para apartar la solución del problema propio y aplazarla a causa del sentimiento de inferioridad dominante.

La política, convertida ahora en sistema totalitario, no es más que un reflejo de aquella teoría inhibitoria, de aquella gran mentira complaciente con la inferioridad propagada por la religión y contagiada a todos los partidos, sus inmediatos sucesores.

¿Qué pretenden éstos? Pretenden gobernar mediante sucesivas dejaciones de voluntad de los gobernantes, mediante inhibiciones de éstos empalmadas unas con otras; mediante ilusiones de que alguien vela "por el ciudadano inferior".

A la luz de estas teorías, que no alteran la realidad, sino que la explican, se ha visto que Napoleón fué un caso claro de sentimiento de inferioridad suma de la inferioridad de sus fanáticos; que muchos hechos resonantes calificados de históricos, son simples reacciones de rencor contra un afortunado rival de alcoba; que el deseo de libertarse de una inferioridad, deseo sentido a veces entre las brumas del subconsciente, puede contribuir a un hecho positivo realizado por quien nadie hubiera calificado bien, pero que tiene una voluntad poco propicia a las inhibiciones y a los heroísmos. Estos son a veces productos forzados, y las inhibiciones quedan convertidas en exhibiciones.

Libertados estos estudios del santonismo y de la mecanización, pueden ser una clave. Sin resolver los problemas y hasta sin dar un método único o plural, pero impuesto para resolverlos, nos estimula por la elaboración y observación directa en la mayor parte de los casos, cuya observación estaba taponada por la inferioridad no superada.

El desprecio de la propia vida en la vida de relación es un subconsciente de vida inferior. Dos hombres disputaban acaloradamente. Uno de ellos dijo de pronto: "Me juego la cabeza..." Y contestó el otro: "Si la tuviera tan vacía como tú, me la jugaría también; pero en las apuestas ha de haber paridad."

Una escritora anarquista de origen norteamericano, M. Pavitt, dedujo concienzudamente que la autoridad la estimulan y desean sus víctimas más que los victimarios. Muchos gladiadores saludaban al César al caer ellos en la arena con un sentimiento tan vivo de inferioridad, que no reaccionaban contra él ni siquiera a la hora de morir para divertir al emperador y a sus cortesanos. De aquella grey esclava nació y se sostuvo el esclavismo y el catolicismo más que de Cristo. En Jamaica hay muchos negros que se llaman ciudadanos ingleses porque saben beber licores ingleses y se ponen cintajos de patriotía británica, cosa ésta inferior, mientras que no representa ninguna inferioridad el hecho de ser negro. Hay muchos negros y muchos blancos que no quieren servir si no se les apalea.

La religión de los humildes está infectándolo todo con su pax blanca de cementerio y su pax negra de velatorio. Nietzsche no reaccionó en realidad contra el sentimiento inferior porque se puso a fabricar recetas para crear el superhombre, cuando las recetas, todas las recetas, sólo pueden crear el subhombre, porque la receta es la inhibición.

FELIPE ALAIZ

Este número ha sido visado por la Censura



# Del frente de la guerra

## La "Legión de Asalto"

**L**OS causaba bajas todos los días un enemigo bien parapetado e invisible para nosotros. Los muchachos, rabiosos hasta el frenesí, esperaban ansiosos la orden de atacar.

El batallón Sigüenza empezó el tiroteo, con ánimo solamente de llamar la atención del enemigo, amagando un ataque por el cerro del Aguila.

El objetivo era atacar el cerro de la Ermita y tomar dos casas pequeñas y la misma ermita, que daba nombre al cerro.

El enemigo estaba parapetado en trincheras de cemento, construidas bajo la dirección de técnicos alemanes; las dos casas de campo, Casa Blanca y Casa Amarilla, eran dos fortines de avanzadilla, situados a la subida del cerro, como guardianes de la ermita.

Antes que nada había que tomar las dos casitas para poder llegar a las trincheras y echar de ellas a los traidores.

En la falda del cerro, casi al alcance de las bombas del enemigo, estaba en espera de ataque una compañía de la Legión de Asalto, 135 hombres, escogidos entre los más bravos y audaces de la Legión.

Eran los que habían de iniciar el ataque después de la preparación que los dinamiteros del Toledo harían, sin duda con el valor proverbial en ellos.

A los flancos de la Legión, los batallones también confederales Román, Palacios y Ferrer esperaban el momento de atacar.

Cuatro tanques iniciaban la subida al cerro desde la Cuesta de las Perdices.

Tras de ellos van 40 dinamiteros con el cinto pleno de bombas.

A los veinte metros de empinada falla un tanque, a los cuarenta otro; el enemigo, alerta por el bramar de las bestias de hierro, espera bien situado el ataque.

Los otros dos tanques recelan el subir solos y se niegan.

No hay más remedio que seguir; los dinamiteros desprecian olímpicamente a los tanques y siguen escalando el cerro.

El primer obús faccioso nos causa bajas entre las fuerzas que esperan; los dinamiteros llegan a un llano en lo alto del cerro y se paran al abrigo de pequeñas hondonadas.

De tanteo saltan seis a la lid, cumplen su misión, y vuelven cinco; como leones saltan los demás bombardeando valientemente las casas, destruyendo el tejado de la Casa Amarilla.

El enlace de los dinamiteros vuelve y habla con el jefe de los "legionarios".

—Sus compañeros —dice el enlace— han sufrido bajas, y los restantes esperan el asalto de la Legión para atacar a la Casa Amarilla, sin tejado y medio derribada una pared.

¡Cuidado! —advierte—. De frente están las ametralladoras facciosas.

La Legión de Asalto se prepara; los tres batallones confederales están prevenidos; el Sigüenza sigue fogueándose intensamente en el cerro del Aguila, obligando al enemigo a distraer fuerzas del cerro de la Ermita.

Una voz decidida y fuerte grita: "¡Adelante la Legión!"

Tres ametralladoras de los de Asalto ayudan eficazmente el avance de sus compañeros; la juventud pujante avanza decidida; a los dinamiteros del Toledo se han unido los del Román y los del Ferrer. El batallón Palacios espera tranquilo la orden de subir en ayuda de sus hermanos.

La Casa Blanca y la Casa Amarilla, destechadas, rotas, están a punto de caer en manos de los leales; los guardias de la Legión avanzan como humano huracán, y al subir un repecho cae como segada por guadaña horrible la primera sección; a la segunda un símán de hierro la deshace, matando a todos sus hombres.

Toledo ataca por la derecha y Ferrer por la izquierda. Los hombres bravos y audaces hasta la temeridad de la Legión de Asalto han caído todos.

Ni uno solo de los que atacaron se salvó.

Desde sus trincheras de piedra y hierro, el enemigo, castigado terriblemente por nuestra artillería, tuvo que ceder.



Cuando nuestros bravos llegaron a las trincheras enemigas no las pudieron ocupar; un montón de muertos impedía de tal manera la trinchera, que nuestros muchachos dentro de ella, sobre los caídos, parecía estuvieran de pie sobre la tierra.

Desde una segunda línea de trincheras, el enemigo seguía ametrallándonos, y cuando con más coraje atacaban nuestros muchachos, una explosión terrible hizo volar el cerro de la Ermita.

El enemigo, cobarde, rastroero y falaz, viéndose perdido ante la bravura de nuestros muchachos, había volado el cerro, minado con anterioridad.

La Casa Blanca quedó en nuestro poder; la Casa Amarilla, a veinte metros de distancia, y la ermita medio destruída, aun eran fascistas, hasta días después, que otra audacia de nuestros muchachos las hizo quedar en nuestro poder.

Allá sobre el cerro, revueltos entre el terremoto de la explosión, quedó la compañía de la Legión de Asalto y dos centenares de compañeros más.

Días después pudieron ser recogidos los cuerpos de los hombres que dieron la vida por España y por su libertad.

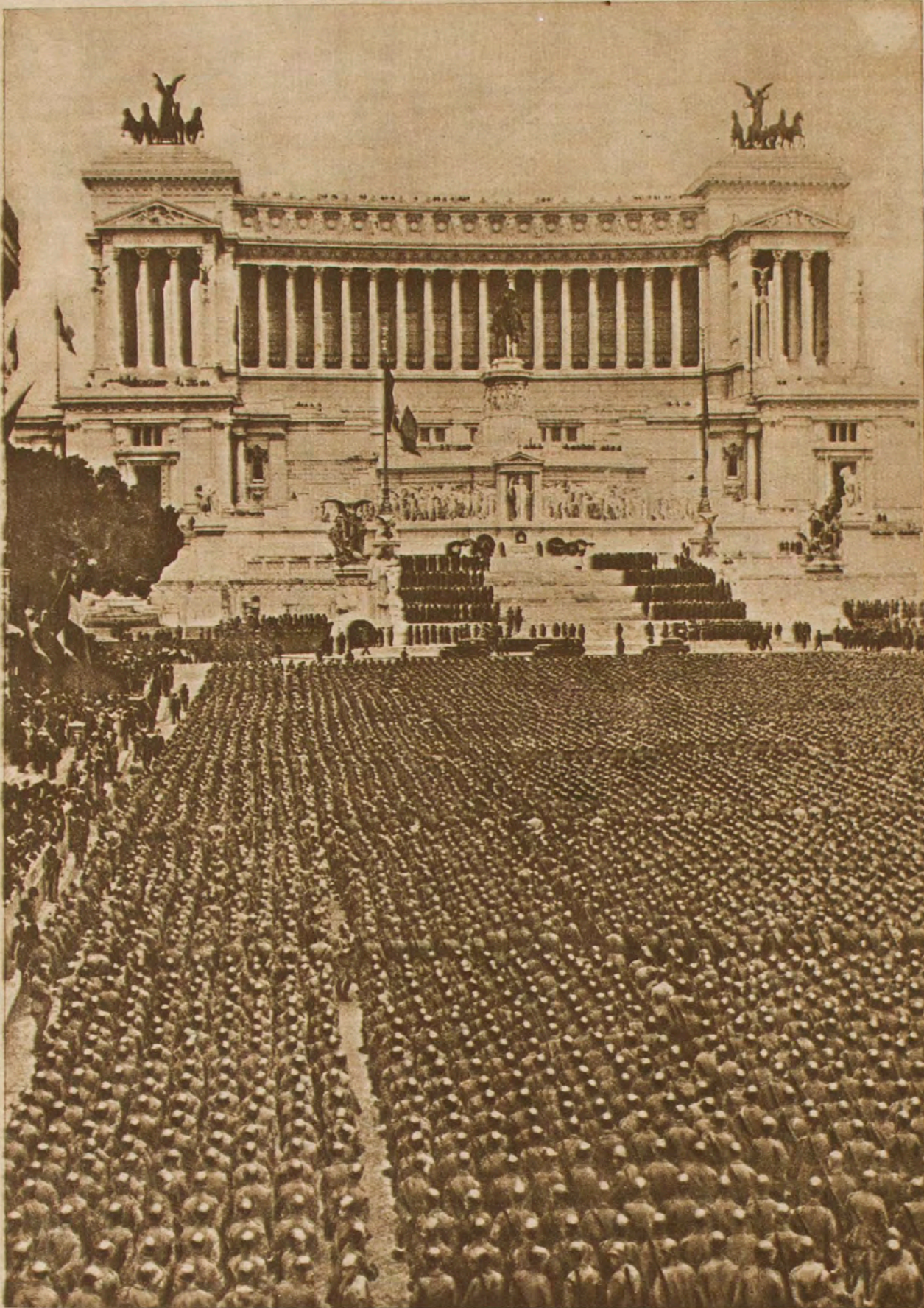
La Legión de Asalto lleva su bandera enlutada.

Sobre el cerro de la Ermita ofrendaron su vida los hombres de la Legión por la causa de España y de la libertad.

¡Honor para todos los que cayeron!  
El bautismo de sangre de la Legión de Asalto, como todos los partos de don-  
de salen héroes, fué pródigo en sangre y en dolor.

MAURO BAJATIERRA

Fotos Bajatierra y Yubero.



MIENTRAS *Europa* DISCUTE....

# La positiva retirada de "Voluntarios"

**L**A bestia histórica tiene calculadas y previstas todas las demagogias. Primero, educa unas generaciones, dentro del opio imperialista; después, cuando las condiciones objetivas propician la guerra, envía juventudes fragantes a morir "por la patria", lejos de ella. Y es, por último, que glorifica su memoria ante la tumba del soldado desconocido, y los ancianos padres de aquel mozo que en el cuaderno de Ilya Erenburg aparece así retratado: "Me acuerdo del cadáver de un italiano: mejillas amarratadas, sangre en coágulos, ojos turbios. En su carnet, entre direcciones de prostibulos y elogios al "uucc", estaba escrito: "La guerra es alegre". Se había criado en una sociedad, en donde se estima el banditaje, la destrucción y la esclavitud. Se llamaba a sí mismo, con orgullo, el "Lobito de la loba romana". Vino hasta España buscando alegría. Como un lobo, merodeaba sobre un territorio extranjero, matando y robando. Estaba tendido con la cabeza entre la verde peña de la tierra."

Así nos presenta Erenburg al italiano que salió de su hogar, embriagado de fácil aventura y júbilo conquista. "La guerra es alegre". ¡Maldito, maldito seas!, porque lograste ocultar con retórica la verdad de la vida a aquel joven que se creía "Lobito de la loba romana", y tan sólo era un infrahombre deformado y ciego, para quien mundo y vida se condensan en triste religiosidad, y el amor, en lujurias marchitas de burdel.

Donde queda un vacío se llena; el agujero que deja un hombre se tapa con otro. Para el estratega los hombres importan muy poco. Un ejército capitalista es una máquina de gran perfección técnica. Casi todo se halla previsto. Pieza importante, el Código de justicia militar. Al empresario nada le importa la vida o muerte de un hombre, mil, un millón. En su mesa de ajedrecista, cada ficha representa un valor convenido.

La demagogia patriótica es fácil de aderezar. El éxito puede lograrse fácilmente en pueblos modelados adrede. Porque eso de la "patria" anda en nuestro núcleo de sentimientos principales íntimamente ligado a la patria natural: besos de la madre, sumersión de la mirada en el primer paisaje tembloroso de nuestro nacer a la contemplación, aquel encanto de la luz primera. Pulsando estos registros, una juventud puede salir de Roma a vengar agravios inexistentes, a reconquistar tierras que nunca fueron sus tierras; una juventud castroada, vacía, espiritualmente, bárbara, destructora. El "Lobito de la loba romana", ¿qué triste cosa es, muñeco grotesco, simple, primitivo, esclavo. En nombre de cosas que significan

la paz —besos de madre y ternura del primer paisaje entrevisto en cendales de niñez; la patria, viene a cuenta del Papa romano. Con las armas se hace la guerra. Con la guerra se arrebatan riquezas al vecino débil y se esclaviza. Un hombre, mil, un millón. ¡Qué importa! El capitalismo fascista

Un hombre, mil, un millón. El estratega juega con los peones a su antojo. El caso es ganar. Y su ganancia reside en que se mantengan las cosas del mismo modo. La supervalla es sabrosa para los burgueses. Fabricando armas se pueden tener queridas, vinos y una vida venturosa en ultramundo. Esto corre a cuenta del Papa romano. Con las armas se hace la guerra. Con la guerra se arrebatan riquezas al vecino débil y se esclaviza. Un hombre, mil, un millón. ¡Qué importa! El capitalismo fascista

todo lo tiene previsto. Su propaganda superpobladora viene a completar el plan.

Esto fué así. Y ha de dejar de serlo. La engañifa patriótica viene garantizando la existencia a una sociedad decrepita y antihistórica, organizada sobre la base injusta de la explotación del hombre por el hombre. Esto fué así, pero no ha de ser. Para ello lucha la clase trabajadora; para ello el proletariado universal se halla dispuesto a vencer en la guerra; para acabar con la guerra. Por ello el pensamiento proletario elabora su teoría patriótica, verdaderamente patriótica, entendiéndolo por patria el universo y el beso de la madre y el paisaje tierno a que abrimos los ojos cuando nacemos. ¿Qué más universal que el beso materno y la luz del sol y los colores del espectro? Esta es la patria del Hombre; que hay que rescatar al hombre en lucha con lobos y "Lobitos".

En nuestra guerra se debate la sonrisa de ese niño simbólico que asoma a la vida con fuerza elemental, y que desde su nacer o aparecer en la naturaleza es traicionado por el hombre, que le salta los ojos y le pone ojos para ver tristezas; que le corta los pies y le pone pies para andar sobre cenizas; que le secciona las manos con un cuchillo carnicero y luego le pone unas manos finas de sangre para estrangular al pájaro inocente. Y esa trampa se efectúa en un feo bazar, el de la sociedad capitalista a que nace. Ved cómo puede llegar, al cabo de veinte años de opresión y educación fascista, a ser el "Lobito de la loba romana".

Por la libertad del hombre luchamos; por la libertad económica, manantial de todas las libertades espirituales, luchamos y morimos en España los trabajadores; luchando con-

tra la Iglesia —"opio de los pueblos"—; luchando contra la incultura, hábilmente vertida, desde una escuela regresiva, en el espíritu del pueblo; luchamos contra una sociedad injusta, el capitalismo, que para mantener su sistema de privilegios, ha de preconizar la guerra, enmudecer el pensamiento crítico, fomentar una diplomacia torpe que se signa de malicia en siniestros organismos, como los Comités y Subcomités de No Intervención; en fin, toda la política burguesa de la S. de N.

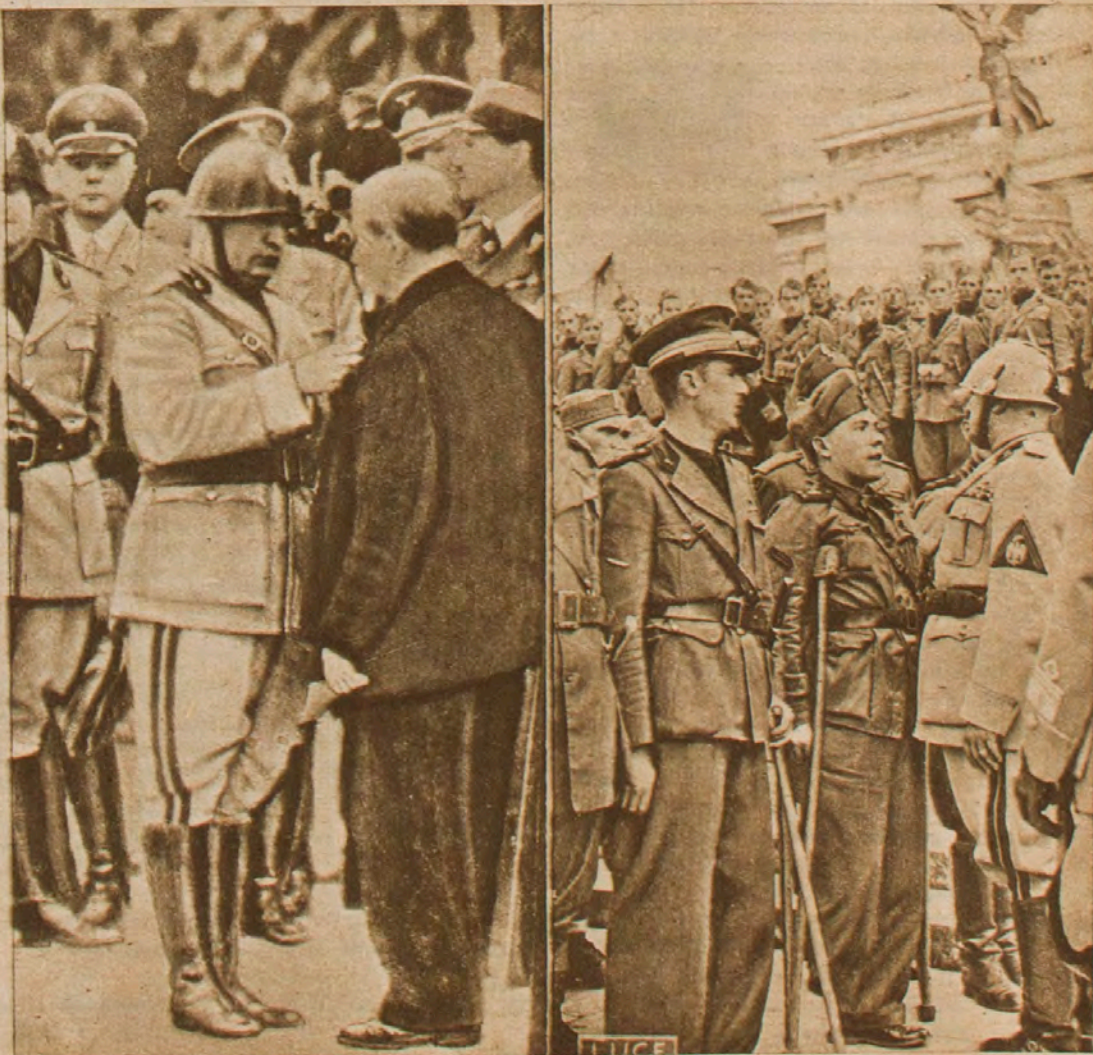
He aquí la retirada de voluntarios. Aquí la hacemos, con nuestros fusiles y nuestro corazón. En Brihuega, en Guadalajara, en Bilbao y en tantos otros frentes actuales. Aquí es donde la razón de los revolucionarios españoles procede a retirar los voluntarios. ¡Comité de No Intervención! Cuán poco importa a tus componentes la sangre del pueblo, del pueblo universal que hace historia, mientras tú tratas de detener su curso. Ved cómo se retiran voluntarios italianos: mordiéndolo el polvo de la muerte.

Luchamos por la libertad de este retórico "Lobito de la loba romana". Hay que matarlo. Hoy por hoy no sabe lo que hace, pero hay que matarlo. Tiene que morir para redención de su hijo. Queremos que su hijo deje de ser lobezno y se convierta en hombre libre, habitante de la tierra libre.

¡Maldita bestia! ¡Mussolini! Tus babosas palabras de lacayo del capitalismo no pueden pallar el dolor de esa madre que perdió a su hijo en España. Son tus palabras pura retórica.

Pero el dolor de esa madre, el dolor de Italia, ha de vencerte. ¡y has de dejar de ser fabricante histriónico de "Lobitos de la loba romana"!

JAIIME ESPINAR



# RUTAS DE GUERRA EN EL SUR



## Reivindicación

**A** un día claro, de tibio sol invernal, ha sucedido este atardecer gris, plomizo, que aprovecho para visitar a estimadísimos compañeros, afanosos en la tarea de dar vida a un batallón disciplinario creado recientemente.

Estos camaradas se encuentran en un pintoresco lugarejo de esta provincia, lindando ya con la de Extremadura, y son tan cordiales que han reclamado varias veces la presencia allí del informador para departir fraternalmente de múltiples aspectos de la vida guerrera.

Los veinte kilómetros que separan el ya mencionado lugar de mi habitual punto de residencia están festonados de pueblecitos y caseríos, cuyos habitantes permanecen en esa vigilante espera de tantos ciudadanos, un mucho desorientados en cuanto a las sorpresas de cada mañana. La tremenda conmoción ha llegado hasta las mismísimas raíces de la sociedad, y los vecinos, entre esperanzados y recelosos, observan todo lo que ven con una curiosidad casi agresiva que en vano intentan refrenar. Durante todo el trayecto veo muchísimos caminantes, de ambos sexos y edades, que vuelven de la villa, después de adquirir... lo que han podido. El servicio de automóvil que el Mando dispuso en beneficio de los poblados distantes, no basta a llenar todas las necesidades. Los vecinos se dan cuenta de la imposibilidad momentánea de aumentar el número de coches, y han puesto de su parte lo preciso para subsanar las deficiencias. Pollinos y caballos transportan enseres, ropas... hasta muebles.

Por sobre el verde desvaído del arbolado y la campiña se destaca lo blanco de los edificios, levantados sobre lomas de suave desnivel, y la torre de una iglesia, que se ofrece a mis ojos con graciosa arrogancia e indudable rango artístico. Los trabajadores la han respetado y son sus más cuidadosos defensores.

### UNO MAS

Este pueblecito es uno más entre los de la edificación casi uniforme de la provincia cordobesa. Casas encajadas, de un solo piso por lo general, y calles regularmente empedradas. Cuando una casa tiene mayores proporciones, ya se puede entender que es una iglesia, un convento, una escuela de enseñanza religiosa o el domicilio de algún amigo y protector de estas "sagradas" instituciones.

El pueblo está, en gran parte, ocupado por los que se preparan para la guerra, por todos los rincones y plazoletas la risa contagiosa de los combatientes, la granizada de pipos de la mejor ley: ¡Azín ce piza! y Lá que zea fea que haga lo mandao de noche; los toques de ordenanza, los paseos instructivos y la algarabía de los cuarteles.

La formación de esta unidad ha sido acordada recientemente. Está integrada, en bastante proporción, por hombres voluntariosos, valientes; pero que han sufrido los contratiempos del que desconocía la severidad de las leyes de guerra y han incurrido en faltas penadas por la ley de los propios trabajadores, por lo que, con hartó dolor, hay que ponerlos en cura para que no contaminen lo sano del brazo y del cerebro de los otros soldados. Un buen comportamiento en este batallón les ofrece la co-

yuntura de reintegrarse nuevamente a la plenitud de sus derechos —con todos los grados que hubieran alcanzado anteriormente—, y lo han acogido con extraordinario deseo de desquitarse ahora de anteriores irreflexiones. Es emotiva y digna de ser admirada la perfecta regularidad de movimientos que tienen, el claro sentido de la disciplina que se han impuesto por propio albedrío y la vuelta a la obediencia, que demuestran la mayor parte de los que se habían salido de ella, despistados con lamentables alucinaciones.

### OBRA COLECTIVA

Es indudable que para que unos pocos puedan articular un organismo o unidad militar hay que contar con la mayoría de las voluntades. Sin el deseo de ayuda, muy poco o nada se podría hacer; pero está igualmente fuera de duda que un pensamiento tesonero en sus propósitos, una voluntad inquebrantable en sus decisiones, logran muchísimo antes aquello que a los vacilantes les costaría larguísima jornadas.

Para poner en rápido y normal funcionamiento todos los detalles de este batallón trabajan denodadamente el comandante Isidoro Bandera Fueyo y el comisario Faustino Pastor, ayudados por competentes oficiales y clases. Todos ellos han venido a este batallón con el mismo deseo de servir a la causa antifascista que pusieron en la heroica brigada en que anteriormente estaban.

Isidoro Bandera Fueyo es un viejo militante confederal leonés, aun cuando sus años son pocos. Cada uno de los que cuenta está marcado por una lucha renovada en cada amanecer y por la persecución y explotación de que le hizo objeto la burguesía. Tiene abierto el corazón para todo el compañero que luche por la causa de la Libertad, y también, sin desplantes escénicos, pero enérgicamente, sabe imponer su autoridad en los casos, poquitos, por fortuna, en que ella es absolutamente imprescindible. Con su cachimba, eternamente colgada de la boca, su rostro aniñado y sus altas botas guerreras, diríase un buen actor o director de cine; pero es uno de los personajes que intervienen en este glorioso drama de la libertad contra la tiranía, que estamos viviendo actualmente.

Faustino Pastor, el comisario, une a una perpetua sonrisa juvenil un severo concepto de sus obligaciones de militar circunstancial y de compañero de siempre. Viéndole reír, se diría que nada grave tiene bajo su responsabilidad; examinándole en su trabajo, se ve que nada frívolo ocupa sus horas, y que ninguna cosa escapa a su fiscalización.

Y es curioso que la mayoría de estos hombres, anarquistas en su casi totalidad, se hayan impregnado tan certeramente del momento histórico por que atravesamos, y así sepan juntar a un compañerismo sin trampa ni cartón una férrea disciplina, que va desde el golpe de tacón ante el superior jerárquico hasta la perfecta y casi mecanizada formación durante la marcha.

### CAPACITACION

Esta unidad lleva poco más de un mes en formación, y ya está a punto de servir eficazmente a la causa antifascista, que nos reclama a todos. Su complicado mecanismo está en marcha, y el batallón no tardará en probar sus arrostos en plena línea de fuego.

Cerrada la noche, la claridad lunar nos permite caminar por las desiguales calles del pueblo sin necesidad de luz eléctrica ni miedo a dar con las narices en el suelo. Del fondo de grandes caserones nos llegan las carcajadas, llenas de vida, de los vecinos del lugar, que antes permanecían entregados a un terror casi místico. El choque ha roto esta durísima coraza que había impuesto la fiebre, y el ansia de vivir se ha metido por todos los poros del cuerpo proletario.

Con el comisario visito las escuelas que han sido dispuestas para soldados, cabos y sargentos. Están instaladas en espaciosos y ventilados edificios que antes ocupaban la ineptitud, la vagancia y la explotación. En la de soldados tengo ocasión de apreciar el interés con que los educandos siguen las lecciones que les traza un maestro joven, despierto y deseoso de llevar a los que le escuchan los conocimientos que él tiene. Por su perseverancia y avance en conocimientos se destaca aquí el grupo de ametralladoras.

### FINAL

—¿Charlamos unos minutos, Pastor?  
—¿También declaraciones?  
—No es exactamente eso; bien sé que están prohibidas; es legítimo afán de conocer la marcha de esta unidad.  
—De ella, cuanto quieras; de nosotros no hace falta hablar. Cualquiera de los componentes del batallón es un colaborador en la obra común tan valioso como nosotros. Los que se han agrupado y se agrupan, pues diariamente recibimos peticiones de ingreso en este batallón, saben a lo que vienen. El que tiene el comportamiento que piden estos momentos en un plazo no superior a seis meses puede volver a ser lo que era antes del momento en que faltó a sus compañeros, pues, a tanto equivale faltar a los deberes de la guerra cuando la guerra cuesta tantas vidas leales. Hay que decir, porque ello es de justicia, que los primeros pasos no pueden ser más esperanzadores. Confío en que el final sea el que conviene a todos

FRANCISCO CARAMES

# ITINERARIOS de TRAGEDIA

## DE GIJÓN a FUENTERRABIA, A PIE,

### Bajo la mirada del FASCIO

**E**L camarada que tenemos frente a nosotros es un hombre del Norte, un vasco. Un hombre fuerte, plétórico de vitalidad. Habla con pasión, con una pasión cálida que hace de cada palabra suya un trazo pictórico.

Nos relata sus peripecias desde que comenzó la guerra. Sus luchas en las calles de San Sebastián, su repugnancia hacia el cargo oficial que se le asigna

nara en aquella Junta Revolucionaria, cuando él sólo quería pelear.

#### UN HOMBRE DEL ISAAC PUENTE

Ibamos a escribir su nombre, pero vacilamos. Aún hay en Guipúzcoa quienes llevan su mismo patronímico y no es discreto. Fué teniente del batallón Isaac Puente, y el Isaac Puente no necesita ya de presentaciones. Se ha dicho mucho de él, aunque no todo lo que merece; pero si el hombre es del Isaac Puente, el hombre queda presentado.

Nuestro teniente es un evadido de Asturias después de la entrada de los fascistas en Gijón y esto es lo que da mayor interés a su relato.

Está empeñado en explicarnos por qué no se pudo conservar en poder de las tropas leales el Monte de los Pinos cuando la ofensiva sobre Villarrreal, después de la pérdida de Guipúzcoa. El Isaac Puente, recién organizado, dejó allí cerca de la mitad de sus hombres. Pero esto está ya demasiado lejos, y nos interesa más por qué no pudo conservarse Asturias.

#### LO QUE TODOS SABEMOS

—Bueno, no es preciso que os lo digamos los que venimos de allá: las razones de la caída de Asturias, aunque complejas, no escapan a nadie. Mantener la acción en una casi total incomunicación con el Gobierno central y desasistidos de toda solidaridad exterior es cosa que tiene ribetes de prodigio; sólo los ilusos, los que estudian estrategia guerrera sobre los mármoles de los cafés podrían creer que la resistencia de Asturias era inagotable. Esto tampoco quiere decir que la resistencia de Asturias haya terminado. ¡Aquellas minas!

Los ojos menudos y vivaces del compañero se extasian un momento pergeñando imágenes de recuerdo.

—Estamos seguros —acaba— que la resistencia continúa y continuará mientras en Asturias quede un ser viviente.

—Es posible.

Hay un minuto de silencio entre los dos que se llena, para él, de visiones pretéritas; para mí, de perplejidades.

—¿Cómo te sorprendió a ti la caída de Asturias?

—Como sorprenderme..., como sorprenderme, no me sorprendió. En realidad, era una cosa descontada en un plazo más o menos largo.

#### LA QUINTA COLUMNA

—El día 21 estaba en Nogueña-Berrón, a veinte kilómetros de la capital gijonesa, cuando otro oficial me dijo: "Parece que la "quinta columna" se ha levantado en Gijón después de la marcha del Consejo y del Estado Mayor. La evacuación no se ha podido llevar a efecto porque ciertas potencias que nos habían prometido ayuda se han desentendido a última hora." "Entonces —repuse— estamos en la ratonera, ¿qué hacemos, pues?" "Vámanos a las minas. Allí se sigue resistiendo."

Los caminos se llenaban de gente. Sólo se oía como una consigna táctica: "¡A las minas, a las minas!" Acaso nadie se daba cuenta de la verdadera situación.

Una bala perdida, pensamos nosotros, no es menos grave para un soldado, personalmente, que la caída de Gijón. Y mientras hay una posibilidad de defensa, mientras los nervios juegan normalmente, nadie cuenta las balas que se pierden.

—Los de un camión que se acercaba —prosigue el antiguo teniente— me ofrecieron sitio; pero miré a los camaradas que iban conmigo y preferí esperar un vehículo en el

que hubiera lugar para todos. No sé...; pero hay momentos que, sin que quiera decir que uno desfallezca, necesita para vivirlos apoyarse en los demás.

Pasó un coche ligero que venía de Gijón: "¿Es verdad que se ha levantado la "quinta columna"?" "No; sólo hay algún tiroteo en el puerto."

Decidimos entonces ir allá. Marchamos en el primer camión que pudimos. Eran, aproximadamente, las cinco de la mañana cuando entramos en Gijón. Al momento me di cuenta de lo que ocurría. Multitud de balcones lucían colgaduras blancas. Grupos de mujeres arrancaban de los muros los viejos carteles antifascistas.

#### DESOLACION

Aún tenía la esperanza de que se continuara luchando en los frentes; pero la perdí cuando pisé el puerto del Musel. Vi los soldados vagar por los muelles con ojos insomnes, buscando desalentados algo que ellos mismos no sabían lo que era.

Estaba trastornado. Me senté sobre una pila de cajones, cerca del agua. Creo que empecé a darme cuenta de la gravedad de la situación. La verdad es que no sé cómo explicarme... Me embargó una pena de mí mismo... Me hallaba como envuelto en no sé qué materia aislante que me alejaba de todos y que me creaba un conflicto para mí solo: el de mi salvación. Ya nada tenía objeto, y te aseguro que sólo pensaba en la pistola que llevaba a la cintura.

El del Isaac Puente dice esto con la mayor naturalidad, y nosotros, que hemos visto tantas veces hacer literatura de ello, creemos sin vacilar lo que se nos dice:

—Pero... —prosigue, sonriendo ahora— lo pensé demasiado, y eso no puede pensarse más que un minuto. Tuve tiempo entretanto de darme cuenta que las cajas que había debajo de mí contenían fusiles y me puse a tirarlos al agua precipitadamente.

Soldados iban y venían. Rostros sombríos me miraban. ¿Eramos todos camaradas? ¿Había entre nosotros enemigos? Por las conversaciones deduje que esperaban un barco, un barco que alguien había prometido y que no llegó. Yo seguía tirando al agua furiosamente los fusiles desembarcados dos días antes, cuando ya eran innecesarios.

Se me acercaron unos muchachos de mi batallón, que me reconocieron. "No hagas eso, camarada; te estás comprometiendo. No sabes quién te mira."

Inconscientemente me encogí de hombros. La verdad es que en aquel momento la cosa no tenía mayor importancia. ¿Lo comprendes, verdad?

¿Quién no puede comprenderlo? Sonreí asintiendo.

A las ocho de la mañana se presentó en el puerto un pelotón de paisanos con brazaletes, a los que habían arrancado la franja morada. El grupo obligaba a los soldados a entregar las armas. Reaccioné con ira. ¿Con qué derecho desarmáis a la gente? El que parecía el jefe me dijo sonriendo: "Es inútil que intentéis nada por las malas. Soy un camarada vuestro. Entregadlas vosotros mismos, es mejor". Toda la ira se me dispó de pronto. Me volvió la tristeza. ¿De verdad, podía ser aquel hombre un camarada nuestro?



## LO QUE ME HIZO REACCIONAR

Se me acercó apresuradamente un oficial que reconocí viejo amigo. "Todo está perdido —me dijo rápidamente—, ya no queda más que matarse. Si alguna vez ves a mi familia no le digas esto". Con un movimiento imposible de prever se acercó al agua, abrió una bomba y la hizo explotar sobre su vientre. Esto me produjo una reacción inesperada. Tiré la pistola al mar.

El tono frío del teniente nos llega más hondo que el acento más patético. Pero no tenemos tiempo de analizar este sentimiento; él sigue hablando ya de otra cosa.

—Emprendimos el retorno a Gijón. Eramos unos seiscientos hombres.

Las coladuras blancas de la madrugada se habían trocado en monárquicas y falangistas. En las calles, los que el día antes ocupaban las celdas de las cárceles cacheaban y desarmaban a los transeúntes. A las once de la mañana multitud de mujeres circulaban por la ciudad con la camisa de Falange y las flechas bordadas sobre el pecho.

Asombra ahora pensar en qué mina oscura y peligrosa habíamos venido desenvolviéndonos. Te aseguro que visto aquello, hoy miro con recelo a todas partes.

Por dos veces antes de llegar a Gijón intenté perderme en el campo; pero una guardia civil que no sé de dónde había salido vigilaba las carreteras.

Frente al cuartel de Artillería un amigo me aconsejó que me entregara como prisionero de guerra. Creí que era el mejor partido. Un sargento tomaba nota, y allí quedamos en el patio del cuartel, sin que nadie se ocupara de nosotros.

A las tres y media de la tarde las primeras tropas fasciosas entraban en Gijón. Abrían la marcha gran número de tanques conducidos por alemanes. Luego seguían los Requetés, la Falange, los moros, la artillería alemana, la columna navarra; en total, calculo que serían unos diez mil hombres.

## EN PODER DEL FASCIO

La concentración de prisioneros se hacía en la plaza de toros; sin embargo, nosotros seguíamos en el patio del cuartel. Manteníamos el equívoco de habernos entregado mediante el parlamento del jefe de nuestra unidad, coronel Franco.

Por el día andábamos confundidos con la población civil; buscábamos la comida, ya que en el cuartel no se nos procuraba; la comida y la manera de escapar, es claro. Pero en medio de nuestra libertad nos sentíamos prisioneros, ¿por qué no decirlo?, prisioneros de nuestro propio temor. Teníamos la certeza de

estar enredados en una malla peligrosa.

—Y en medio de todo esto, ¿conservabas tu lucidez de conciencia?

—¡Qué te diré! La inteligencia se me iluminaba a ráfagas; entonces lo veía todo claro y hasta fácil; reflexionaba y tomaba determinaciones; pero a veces parecía sumergirme en un principio de borrachera, esa inconsciencia casi animal, en que nos olvidamos de todo mirando correr una fuente o sintiendo cómo el sol nos calienta las manos.

Al tercer día bajé al comedor del cuartel y presencié una escena deprimente. Los soldados rezaban guiados por una mujer. Luego dieron vivas al general Franco.

Según pasaban los días, mis facultades iban equilibrándose. Estudiaba la situación, recobraba la fe en mí. Con habilidad adquiría informes. Supe que se había montado la oficina de salvoconductos, y que sólo bastaba la firma de un soldado que te avalara para que el salvoconducto te fuera extendido. ¿Pero quién podría avalarme a mí? Escudriñaba las caras de todos. Tenía la seguridad de hallar lo que necesitaba. Y lo hallé.

Era un buen mozo, antiguo camarada a mis órdenes, que había sido prisionero por los fascistas frente a Bilbao y ahora estaba en sus filas. Cuando le descubrí mis pretensiones me miró con temor. Luego firmó sin rechistar.

## CAMINO DE GUIPUZCOA. EL TERROR

—Ya es raro, ya; yo creí que esa gente tenía una organización más rígida.

El del Isaac Puente sonríe:

—Mira: no podemos negar que tenemos un origen común. Españoles, al fin. Si tenemos aquí una "quinta columna", ellos tienen otra allá. Ambas pueden vivir y desarrollarse a expensas de las desdichas de unos y otros. ¡Muy español!

—¿Qué día saliste de Gijón?

—El día 28 por la mañana; y rendimos viaje en San Sebastián el 4 de noviembre, por la tarde.

—¿Habráis visto muchas cosas en el camino?

—Muchas; pero la más interesante es que el sistema de terror a que tienen sometido al pueblo, lejos de amansarlo y domarlo, le irrita y le acrecienta la rebeldía. Cuando fui de Vasconia a Asturias hallé en el trayecto muchas gentes indiferentes. En este viaje de regreso he comprobado un cambio de am-

biente favorable a nuestra causa. Hay una resistencia sorda y enconada contra el fascismo.

Y también hay hambre. Los comercios están abarrotados de todo; pero el pueblo no tiene dinero. Se le hace trabajar por un plato de potaje. Así he visto reconstruir sin jornal la iglesia de Castro Urdiales. Igual he visto trabajar en la reconstrucción de los puentes bilbaínos.

En Bilbao me enteré de que todos los días eran ajusticiados de dieciocho a veinte personas. Y ve tú la misericordiosa manera de avisar a sus familiares. En la puerta de la cárcel ponían una lista, encabezada con la siguiente inscripción: "Los que no necesitan que les traigan comida", y a continuación, los nombres de los ajusticiados.

Por mucho que quisiera no lograría darte idea de lo que fué aquel camino. Te aseguro —añade sonriendo— que hay materia novelable; pero tendría que escribirlo yo mismo.

Abatimientos, esperanzas, recelos, alternativas de desaliento y de fe. No sigo; los periodistas tenéis una buena imaginación.

—Respiramos —prosigue— cuando nos vimos en Amorebieta, donde tomamos el tren para Lasarte. Sin embargo, la situación empeoraba para mí; había de topar con mucha gente conocida. Pero tenía la impresión de que estaba al final de la aventura. El comandante se quedó allí porque quería ver a los suyos; tomamos, pues, el tren, el maestro armero y yo.

Cuando avistamos el control de Falange, en la carretera de San Sebastián, sufrimos un sobresalto y, resultadamente, sin consultarnos, nos volvimos a Lasarte.

Los trabajadores regresaban de la jornada. Entablamos conversación con un obrero que hacía la misma ruta. "¿Qué —le pregunté—, hay mucho trabajo?" El hombre me miró de una manera especial, como si quisiera adivinarme; luego contestó con un tono de forzada indiferencia: "Están despidiendo personal en todas partes. Lo que antes hacíamos entre tres lo ha de hacer ahora uno solo." Disimulé una mirada de recelo, como arrepentido de haber ido demasiado lejos, y que a mí me sirvió —uno no es demasiado torpe— para orientarme. Indudablemente, aquel hombre nos ayudaría. Y, en efecto, él fue quien nos indicó que tomáramos el tranvía de Tolosa, en el que no siempre iba guardia civil.

A las siete y media estábamos en San Sebastián. Allí busqué amigos antiguos. Había un hombre de derechas, inofensivo, a quien yo había ayudado en cierta ocasión; me dijo que se conocía ya al pie de la letra toda mi intervención de los días de julio y que lo mejor que podía hacer era huir. Todos me aconsejaban lo mismo, pero nadie me facilitaba la salida. Por otro lado yo era demasiado conocido, e indudablemente corría el peligro de ser descubierto, ya que sólo de día se podía andar por las calles. Después de las doce de la noche y hasta las seis de la mañana era muy aventurado.

En San Sebastián perdí el segundo compañero; pero nada había entonces capaz de desalentarme. Observé y estudié a las gentes. Examiné las fórmulas burocráticas a la vez que me procuraba documentación. No puede decirse, naturalmente, por qué conducto llegué a hacerme con una cédula; pero cuando la tuve en la mano respiré como el que ha estado mucho tiempo enclaustrado y sale

de repente al aire libre. Una cédula sería la varita mágica que habría de romper el penoso encantamiento que me rodeaba.

En la Comandancia extendían los salvoconductos. Me puse en cola y observé. Como ves, la observación permanente era mi tortura. Vi que para el interior de la provincia bastaba con llenar una hoja avalada por dos personas adictas al régimen; y comprobé que sin el menor cuidado gentes que no se conocían, delante de la ventanilla misma, se avalaban mutuamente.

## PERIPECIAS

—Cuando me llegó el turno entregué la cédula: "¡Eh! —me dijo el hombre de la ventanilla—, tiene usted la cédula sin firmar." Al oír que me llamaba la atención, me estremecí, noté que me flaqueaban las piernas, luego me di cuenta inmediatamente del peligro a que había escapado. Ni por un momento había pensado en la firma de la cédula. La casualidad me favorecía, pues de haber estado la cédula firmada mi situación hubiera sido difícil. Firmé; pero el diablo parecía jugar con mi suerte: al hacerlo invertí el orden de los apellidos. Disimulé mi azoramiento con una risa cuando el empleado me llamó la atención sobre ello; pero lo cierto es que estaba sometido a un verdadero suplicio.

Creí haber escapado a él, cuando en otra ventanilla, donde debían ponerme un sello en el salvoconducto, hallé una cara muy conocida y que indudablemente me conocía también. Con el pañuelo pegado a la mejilla y pretextando las molestias de un granito, salí del apuro.

Cuando me hallé en la calle, con una ternura no exenta de angustia oprimía contra mí el papellito mágico, doblado cuidadosamente y puesto en el bolsillo de pecho de la guerrera.

Pero aún no había terminado mi tormento. Apenas di dos pasos se me acercó una mujer conocida: "Date prisa a marchar —me dijo precipitadamente—, se sabe que estás en San Sebastián, y se te busca."

## ¡SALUD!

Al fin me hallé en Fuenterrabía. Fuerzas de Falange, que revisaron mi pasaporte, lo encontraron en regla.

Era ya de noche. Estudié sobre el terreno las posibilidades de saltar a Francia. La costa estaba estrechamente vigilada; un soldado daba guardia cada cincuenta metros, y de cinco en cinco minutos un reflector, colocado en Punta España, recorría las aguas. En la playa había emplazada una ametralladora.

Idé esperar a la madrugada, cuando los pescadores salen para la faena; confundido con ellos me tiraré al agua en el espacio que separaba a dos soldados. Total, poco más de cincuenta metros de nado y pisaría terreno francés. Me tirarían; pero tenía noventa y nueve probabilidades de escapar.

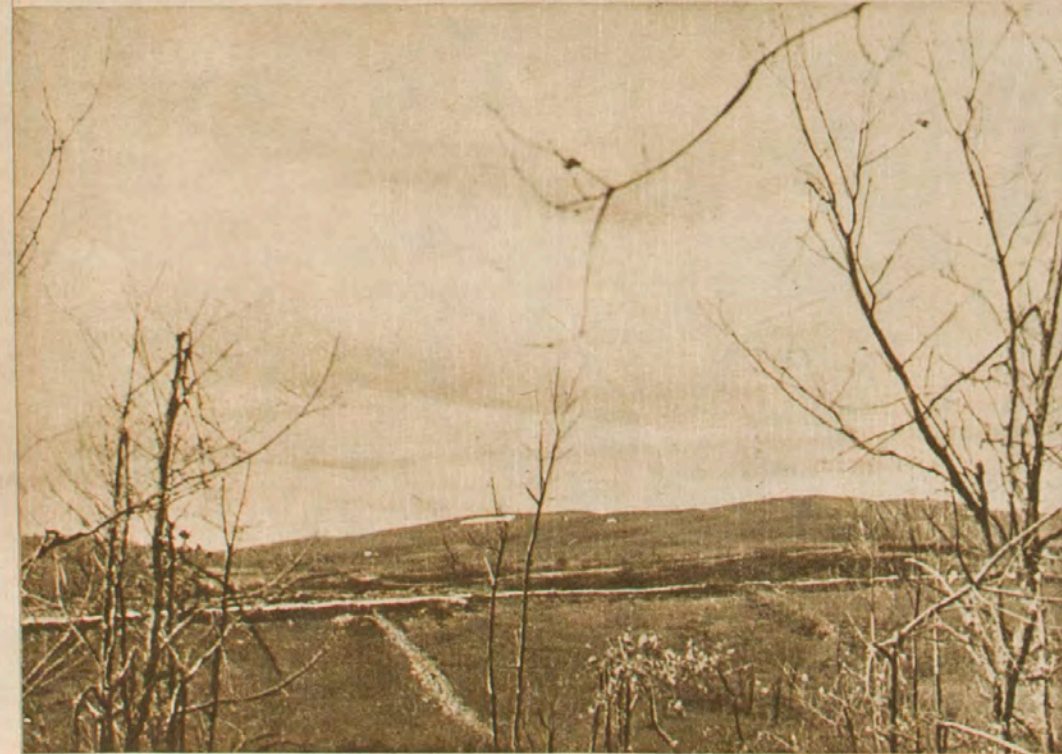
Alguien me reconoció. Eran antiguos amigos pescadores. Me llevaron con ellos y planeamos la fuga.

A las cinco de la mañana yo era un pescador más del grupo, cargado con una red y otros trebejos. Uno se fué en busca de la lancha para arrimarla a la orilla; entretanto, el soldado más próximo se acercó a mí: "No hace mala mañana, ¿eh?" "No." "¿Qué tal se da la pesca?" "Bastante bien."

La operación se prolongaba, y el soldado tenía ganas de hablar. Yo sentía que la arena me quemaba los pies, en oposición al escalofrío que me recorría la espalda. Fueron minutos que me parecían años.

La barca en la orilla, fueron saltando uno por uno: "¡Con Dios, con Dios!" Cuando me tocó el turno, grité casi desahogado: "¡Salud!". Me mordí los labios; pero era tarde; la palabra estaba ya en el aire. No sé qué pensaría el soldado, que se quedó rígido en la orilla. Pocos minutos después pisaba la tierra de Francia.

LUCIA SANCHEZ SAORNIL





Pocos homenajes permanecerán en nuestra memoria como éste que espontáneamente el pueblo antifascista ha dedicado a la memoria de nuestro muerto querido.

La emoción íntima del recuerdo ha salido al exterior en manifestaciones múltiples. Miles y miles de fervorosos espectadores se han congregado en los locales de espectáculos y vibrado ante la palabra ardiente de los abogados. Así en el Apolo de Valencia y en el Olympia de Barcelona.



*El pueblo no olvida*  
**Valencia y Barcelona en aniversario**  
*de la Universidad*



Las fachadas de las casas sindicales se han engalanado, se han prodigado las flores, el romance ha recuperado su sabor popular y heroico.

**FAI DURRUTI**  
 Y A CUANTOS CAYERON COMO ÉL EN LUCHAS CONTRA EL FASCISMO



En una palabra: las multitudes han vuelto a levantar el nombre de Durruti

como en aquellos días de Montearagón, y a su sombra ha germinado un nuevo optimismo.



# DOS PUEBLOS y dos hombres

**U**NA representación oficial de Méjico ha visitado Madrid para llevar en la persona del héroe general Miaja el abrazo del presidente Cárdenas a la ciudad que está encarnando con su heroísmo y con su optimismo a todo un pueblo en lucha contra el fascismo internacional.

El general Leobardo C. Ruiz, encargado de Negocios de los Estados Unidos de Méjico, interpretando los deseos del general Cárdenas, ha celebrado el aniversario de la Revolución de su país— recuerdo que señala precedentes que pueden servirnos de orientación en nuestra lucha— al lado de los combatientes de los frentes del Centro.

El representante del pueblo amigo, en unión de los agregados militares y del personal de la embajada, ha vivido unos días la emoción de una ciudad que ha sabido hacer de su sacrificio un jalón de la victoria final. El general Ruiz ha recorrido las calles madrileñas, que entre el estruendo de los cañones y el tableteo de las ametralladoras no han perdido su fisonomía.

En la calle de Alcalá, el general Ruiz se paró a conversar con unas lindas madrileñas. Una de ellas —genio de chispera, alma de luchadora— respondió alegremente a las preguntas del ilustre visitante, al mismo tiempo que sonaban las fuertes explosiones de los obuses:

—¿No voy a estar contenta, si aquí estamos en plena verbena?

...

En Guadalajara se han encontrado dos hombres frente a frente. Dos pueblos con las mismas virtudes raciales, con historias similares: Méjico y España, el general Ruiz y el comandante Mera. Dos soldados que han salido del pueblo y han puesto sus vidas para defenderlo. El militar mejicano, frente a este hombre menudo, cuya figura agiganta su vida modesta y su lucha diaria, ha sentido admiración y ha puesto como digno colofón de cortésia estas palabras:

—Cuando yo era mecánico en los talleres de los ferrocarriles mejicanos...

• Cipriano Mera— rostro curtido en el sufrimiento, alma forjada en el sacrificio— ha roto su premeditado silencio:

—Yo sólo soy un soldado del Ejército del Pueblo. Y los dos han puesto en sus ojos la emoción de unos recuerdos que han pasado ya a los laboratorios históricos.

Y con su aire infantil, el ayudante de Mera, un joven militar hoy, ayer un obrero albañil, ha presenciado la escena con el orgullo de su origen y con el entusiasmo de su breve vida de luchador.

...

Quando regresamos de la visita a los frentes de la Alcarria —tumba del fascismo internacional, antorcha de una nueva patria—, la meseta de Guadalajara adquiere una extraña personalidad. Los soldados salen a la carretera para improvisar un desfile, que tiene la

majestuosidad de todo lo espontáneo. Alzan sus puños para saludar a Méjico, al mismo tiempo que rinden su admiración a su jefe: Cipriano Mera.

Aprovechamos el momento y pretendemos conseguir unas declaraciones del comandante Mera. Todo ha sido inútil. Ni aun invocando la amistad y solicitando la ayuda del general Ruiz. Cipriano burla con sagacidad nuestra curiosidad. Y se limita a decirnos:

—Yo soy un soldado que me debo al Ejército Popular. Para mí la disciplina lo es todo.

—Respetamos su deseo —decimos—; pero nos permitirá una sola pregunta: ¿Qué impresión es la mayor que ha experimentado desde el comienzo de la guerra?

Y el comandante que en todo recuerda su sencillez, responde:

—La de ir hoy en este coche de la Embajada de Méjico.

...

Antonio García, ayudante de Mera, que antes fué su compañero de trabajo y de lucha, y ha vivido con él toda su vida de combatiente, no quiere tampoco hablarnos de su jefe. Sabe sobradamente de la modestia del hombre que, siendo jefe de un gran sector, duerme con sus soldados en un catre, y conoce la energía de sus decisiones.

—Es inútil todo lo que haga —dice—. El comandante no hablará. No habló tampoco en el gran acto en homenaje a Durruti celebrado en el teatro Monumental, a pesar de la insistencia de las seis mil personas que allí estaban.

—Las breves palabras que dijo para justificar su silencio son el mejor retrato de mi jefe —nos dice—. Cuando el público le aclamaba, Mera se levantó de su silla y dijo: —Si Durruti viviera y el Gobierno y la Organización le hubieran encomendado lo que le han encomendado a Mera, Durruti no hablaría.

...

Méjico y España se han unido en una fecha. La muerte de Durruti y el aniversario de la Revolución mejicana han recibido el mejor homenaje en las tierras de la Alcarria.

Dos soldados del pueblo, dos hombres que han sentido la misma emoción de libertad han sellado su amistad.

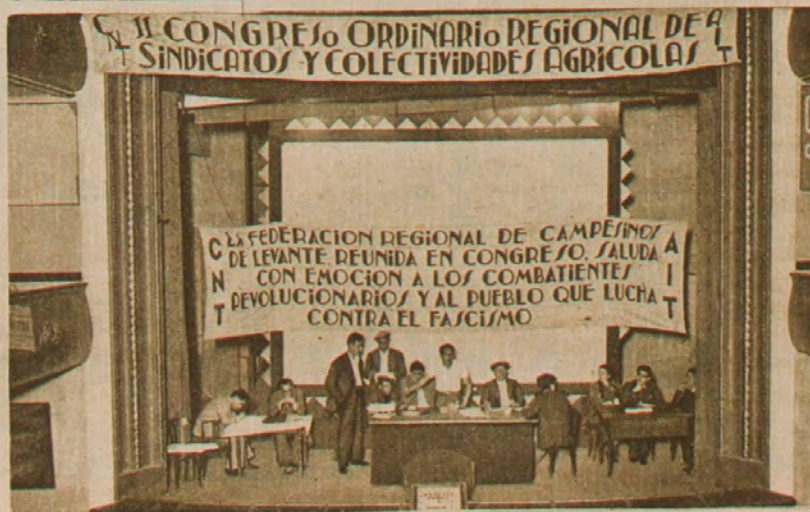
Una amistad que se ha forjado no en una visita de cumplido, sino en un mismo deseo, y por el recuerdo de los hombres que todo lo dieron por la libertad de sus pueblos.

FERNANDEZ ALDANA

Alcarria, 20 noviembre.



Este número ha sido visado por la Censura



## Congreso Regional de Sindicatos y Colectividades Agrícolas

En estos momentos de valorización de todo cuanto llevamos realizado para el logro de nuestra aspiración máxima: la de ganar la guerra, cobra vital importancia el Congreso Regional de Campesinos de Levante, recién celebrado en el Teatro de la Metalurgia de Valencia. Han asistido más de doscientos delegados directos y por representación, reunidos para estudiar los problemas del campo en relación con los de la guerra, a fin de encauzar la producción y lograr el mayor rendimiento de las tierras, para que en todo momento los frentes y la retaguardia no carezcan de lo más preciso para su sustento. Esta es la obra que los trabajadores de la tierra, vanguardia de la revolución, están realizando sin importarle los sabotajes de que son objeto, ni las ansias de fracaso que algunos elementos mezquinos sustentan. El lema de los campesinos en la actualidad, es trabajar sin descanso por ganar la guerra y hacer la revolución.

# LO QUE NO PUEDE VOLVER

# LA PENA de muerte

**S**i una revolución triunfante es un progreso para el pueblo que la realiza lo notaréis en sus leyes penales. No se concibe, realmente, que una legislación moderna en esta materia, hija de una revolución, mantenga en sus códigos esa supervivencia brutal de la pena de muerte, friamente ejecutada por todo el aparato de la justicia histórica. "La sombra del patíbulo —ha dicho Lacomte— se proyecta sobre los pueblos que mantienen en sus códigos la pena de muerte, más que como una sombra, como una mancha".

La pena de muerte ha sido uno de los temas de discusión más apasionada por todos los profesionales del Derecho durante el siglo XIX. Pero ya no hay un penalista moderno, que quiere decir humano, que sostenga fuera de la teoría la necesidad de esta pena, visto el resultado negativo que dió durante todos los tiempos.

El principal motivo para la aplicación y el mantenimiento de esta terrible sanción fué siempre la ejemplaridad. Se venía creyendo que el hecho de matar a un delincuente podía producir en los demás criminales un efecto de reflexión suficientemente activa para inmovilizar su acción delictiva. El miedo a perder la vida detendrá en el criminal —pensaban— el impulso de arrebatarse la vida a los demás. Pero la práctica ha demostrado en cientos de casos recogidos en infinidad de trabajos que han hecho los especialistas sobre la pena de muerte que esto es totalmente equivocado.

Más todavía. Que en las épocas y regiones donde más se ha aplicado la pena de muerte más se han repetido los crímenes semejantes a los que motivaron la aplicación de la pena. En la morbosidad del criminal nato hay un factor importante: el de la exhibición, el del orgullo de su propio crimen. Este es un complejo sinte-

tro que ha hecho ver que muchos autores de crímenes abominables por sus móviles y su ejecución hayan sentido la vanidad de su delito del mismo modo que el héroe siente el orgullo de su acción meritoria. Naturalmente, la vanidad inferior de este estilo, lejos de aterrorizar al criminal lo ha engrandecido en muchísimos casos, y el patíbulo ha sido para él el escenario trágico donde ha exhibido soberbiamente su última pirueta, entregando su vida, satisfecho de hacerlo así, a cambio de la escena exhibitoria.

No existe, pues, ejemplaridad en la pena de muerte, y la mejor prueba de ello es que esta clase de condena viene aplicándose por la sociedad desde que la sociedad existe, y el homicidio y el asesinato no ha podido ser extinguido entre los hombres. La pena de muerte es más antigua que el más antiguo código. Nace antes que el propio Derecho. Y con toda su antigüedad no ha servido para corregir el delito de matar, única finalidad que debe tener la sentencia impuesta por la justicia en nombre de los hombres...

Es muy discutible también hasta qué punto tiene la justicia atribuciones para privar de la vida a un delincuente. La existencia del hombre es una barrera infranqueable para el hombre mismo. Obedece la vida de los seres humanos a una ley de la Naturaleza, en la que los hombres sólo intervienen como agentes biológicos, muchas veces, las más, impensadamente. Siendo así, una ciencia pura, no mixtificada por las pasiones, un Derecho estricto, no movido por el leguleyismo, no puede aceptar por justa la pena terrible de la eliminación, en la que no se concede al condenado ni siquiera el margen preciso para corregirse. Espanta pensar cuántos hombres no habrán sido "ajusticiados" por los hombres como pago de sus delitos comunes y aún podían haber sido buenos y, por tanto, útiles a la Humanidad. El delincuente de hoy, por temible que sea, puede transformarse y ser un hombre bueno mañana. Si se le elimina, si se le mata, desde luego no puede probar jamás que esto sea así. En cambio prueba la injusticia de los que le condenan.

No hablemos de los errores judiciales, que ha sido otra gran razón de los juristas modernos para aborrecer la pena de muerte.

Todos los días se ven en todos los países grandes errores judiciales. Porque todo yerra en el mundo, es natural que la justicia de los hombres, que pertenece al mundo, yerra también.

Cuando el error se comete con un condenado a muerte y la sentencia se ha cumplido, ¿cómo reparar ese error? Con la misma vida de los jueces que dictaron la sentencia y los verdugos que la aplicaron no se haría más que aumentar la monstruosa equivocación. ¿Cómo, pues, deshacer lo hecho? Nada que sea irreparable es justo, según un nuevo concepto de la justicia. De ahí que los verdaderos jueces con conciencia prefieran equivocarse, absolviendo a un criminal, que condenando a un inocente, sobre todo cuando la condena tiene la magnitud de lo que no puede repararse, como sucede con la pena de muerte.

En los mismos pueblos, cuando éstos han tenido un concepto claro y sereno del Derecho y vacilaron escrupulosamente por la administración de su justicia, se hizo saber en los frontispicios de aquellos locales donde se iban a sentenciar delitos graves la obligación que tenía el juez de reflexionar antes de emitir un fallo de estas consecuencias.

En Italia, cuna de eminentes hombres de leyes, pese a ser hoy el símbolo del antiguo Derecho, por virtud de la política fascista, crimen colectivo nacido más como una peste que como un fenómeno del arte de gobernar, figuraba, a manera de friso, en todas las salas de Audiencia del país, sobre el estrado, la siguiente leyenda: "Ricordatevi del povero fornaro". El origen de esta leyenda y de que figurara de este modo, como una advertencia permanente a los jueces, es que en Venecia se cometió un error judicial, que costó la vida a un joven hornero y que consternó a toda Italia. Ello fué a mediados del pasado siglo.

Parece ser que el hecho ocurrió del siguiente modo: Un día, al amanecer, en una de las calles de Florencia, un hombre apuñala a otro. En el momento de caer mortalmente herido el agredido da la vuelta a la esquina un muchacho panadero, que va repartiendo el



pan por la ciudad. El criminal, al ver un hombre que puede ser un testigo de su crimen, huye, sin tiempo ni de sacar el puñal, que ha dejado clavado en el pecho de su víctima. Esta pide auxilio lastimosamente, y el joven panadero, dejando a un lado la canasta del pan, se incorpora hacia el caído y lo primero que hace es sacarle el puñal. Los gritos del moribundo despiertan a los vecinos, que se asoman a las ventanas y balcones, desde donde lo único que ven es al hornerito con el puñal en la mano, mientras el apuñalado acaba de expirar. Acuden las autoridades, y el hornerito, todavía atónito por todo cuanto está presenciando, es detenido con el puñal ensangrentado en la mano, mientras desde las ventanas los vecinos le acusan de ser el autor del crimen. Para más desdicha suya, la víctima resulta ser un compañero con quien el domingo anterior tuvo una pendencia. Todo lo acusa, pues ante la justicia de la ciudad no hay una prueba a su favor. Y el hornero es condenado a muerte y ahorcado a los quince días. El verdadero autor del crimen no se confiesa como tal hasta once años después y en trance de muerte. Sólo entonces se da cuenta toda Venecia y toda Italia del monstruoso error. Cuando no tiene remedio...

La justicia, afligida y fracasada, no encuentra más que un modo de reivindicar la memoria del "ajusticiado" y reparar el caso para que éste no vuelva a repetirse, y ese modo fué declarar su error, clavar en todos los estrados de Italia la prudente y reparadora advertencia: "Ricordatevi del povero fornaro" — para enseñanza ejemplar de los magistrados.

En España, donde la República no tuvo tiempo, en sus cuatro largos años, de hacer un Código nuevo donde se aboliera la pena de muerte de una manera terminante, no se puede hablar hoy de un tema así, subvertido como está el Derecho por la consecuencia lógica de la violenta sacudida histórica que se está realizando. Escribir sobre la abolición de la pena de muerte en medio de la más cruel y más dura de las guerras es una paradoja o un humorismo. Matar y matar hasta acabar con el enemigo es el ideal de toda liza de este linaje. Mas cuando el horizonte se aclare y la paz venga tras la victoria con luminarias de sol, habrá que restituir el Derecho y restablecer la justicia, forjando una España nueva, donde, siquiera por lo mucho que ahora se ha matado, no deberá existir la pena de muerte...

EZEQUIEL ENDERIZ

La semana próxima:

## El Brasil, base fascista de América

por EZEQUIEL ENDERIZ

## COMO VIVIO MADRID EL PROLOGO DE LA REVOLUCION DE JULIO

por JUAN DE LUCENA

**Umbral** SEMANARIO ILUSTRADO

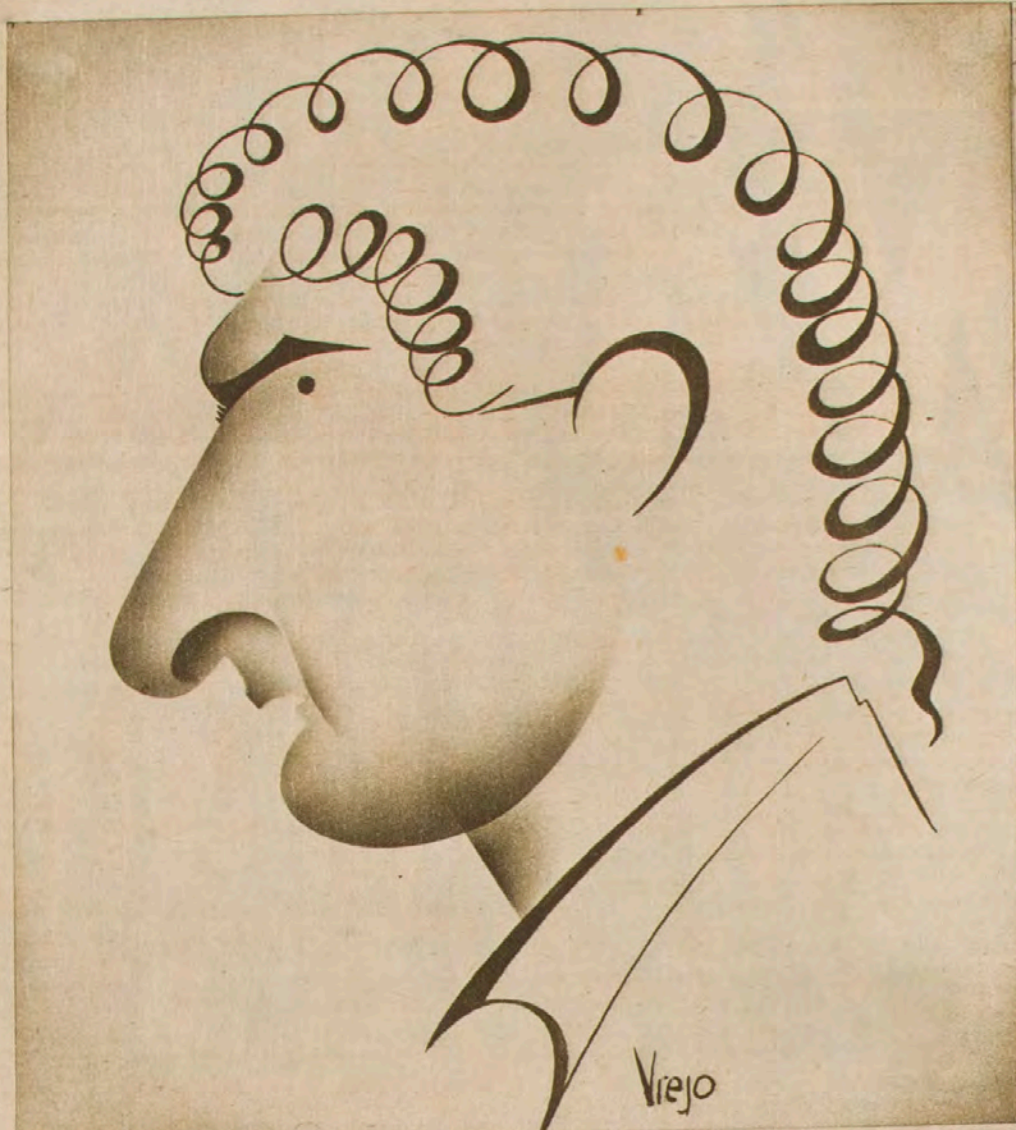
Redacción y Administración:

Calle de la Paz, 25, 2.º, VALENCIA - Teléfono 18049  
Talleres: Mariano Aser, 17 - Teléfono 15897

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

España: 10 pesetas al semestre y 18 pesetas al año  
Número suelto, 40 céntimos  
Extranjero: 48 francos al semestre y 94 al año  
Número suelto, 2 francos

Umbral 11



## LOS PINTORES en la *Revolucion:*

**B**UENO, miliciano pintor, ¿cuántos años cuentas?  
—Tengo una ventaja en esto, pero sería querer decirlo.  
—¿Y cuando naciste al arte?  
—Yo sé tocar la guitarra. Aparte, lo sabe Viejo. Que te lo diga él.  
—¿Es verdad que sabe tocar la guitarra?  
—Pues verás, Ibaseta es paisano mío; asturiano. No de ahora; de siempre.

Una vez nos encontramos y me dijo: ¿Oye, qué se necesita para pintar? Y yo le contesté: Pues mira, pinceles, papel y lienzo, una paleta, colores. Y luego ser pintor. Bien; a los quince días vine a encontrármelo de nuevo y a saber que iba a inaugurar una Exposición.

—¿Es verdad esto, Ibaseta?  
—Sí, pero no lo volveré a hacer.  
—¿Y qué más?  
—Luego, pues, seguí pintando. Celebré Exposiciones. Se metieron conmigo. me afirmaron otros. Vino la guerra contra estos hijos... de Mussolini. Fui a las trincheras con mi quinta, me hirieron y, ya ves, soy un héroe.  
Aurelio Ibaseta sonríe, controla sus declaraciones, es el amo de sus declaraciones. Lo que no sabe bien es por qué pinta. Pintando, no ha tenido tiempo de pensar. Como los pájaros, que decía Souto, tampoco saben la razón de su cántico.

—Bueno, amigo, ¿y ahora?  
—Ya ves: ahora...  
—¿Y qué es pintura revolucionaria?

—Pintar cada uno lo que quiera, sin pensar en el qué dirán, expresar un mensaje, el de uno. Eso es pintura revolucionaria, a mi modo de ver. Nada más.

—¿Y para eso tanto ruido?  
—Mira, yo tengo unos cuadros, unas acuarelas y dibujos. Los ves, y punto terminado.

Aurelio Ibaseta es un pintor, inserto en la joven generación de poetas pintores. Ha llegado cuando los precursores se habían roto la cabeza, en familia, esto es, cuando los diálogos sobre los derechos del objeto y del sujeto habían entrado en sosiego; después de cerrarse las veladas poéticas con el reconocimiento de que existe una verdad inculcable y una legitimidad: la del derecho de la realidad espiritual. Al fin de haber comprendido que existen dos realidades: la cotidiana y vulgar, por una parte; la que se desnuda ante los ojos del artista al nacer en el artista. En razón, pues, a estas consideraciones y retornos, Ibaseta advino a arte en el momento en que le era permitido vivir líricamente el objeto para más tarde expresar su sentimiento del mismo. Es decir, en el expresionismo que su pintura es expresionista de la mejor calidad.

—Y ahora, ¿qué vas a pintar?  
—¡Como pintor, lo que he pintado y pinto, lo que quiera y pueda!

—Sí, comprendo. ¿Qué te parece Goya?  
—Bien, bien, en "Los caprichos". De otro no me acuerdo bien.

—¿Entonces?  
—Si hace falta, si es de rigor, di que saludo al pueblo en los lectores de UMBRAL, aun cuando el pueblo no me salude a mí. Y recuerdos a Souto.

JAES



# Botones de muestra

# Almagro, antes y despues de tener Colectividad.

**A**LMAGRO, como todos los pueblos de la Mancha, antes de la sublevación fascista estaba regido y administrado por el caciquismo reaccionario, padeciendo, además, la influencia religiosa de los dominicos y de los franciscanos, que tenían allí su seráfico noviciado. El término municipal o sus tierras más fértiles estaban acotadas por los Quirós, por el conde de la Cañada y alguno más de la nobleza vampiresca, que tenía su feudo en la provincia de Ciudad Libre.

En Almagro siempre hubo una industria femenina y popular. Los encajes eran la industria tradicional que la mujer cultivaba desde la infancia hasta la senectud. Inquirimos a una mujer de mediana edad para que contestara si la delicada industria del encaje ha sido un medio de reivindicación para la mujer en Almagro, y con un "¡Ay, qué lástima!", que rememoraba sinsabores, nos explica lo que representa la femenina industria bolillera.

—La falta de trabajo para los hombres y lo poco que da de sí su jornal cuando trabajan —dice— nos obliga desde niñas a crucificarnos en la almohadilla.

—¿Cuánto produce y cuánto gana al día una mujer haciendo encaje?

—Una mujer que aplique todo el día y parte de la noche, si la tira es sencilla, hace varios metros; pero si es complicada, el hacer un metro es penosa tarea, aunque para los efectos de la ganancia es igual hacer la cantidad que la calidad, ya que la más ágil de las bolilleras no gana nunca más de dos pesetas. Nuestro jornal medio es de ochenta céntimos diarios, y para eso —prosigue la diligente compañera— el veinte por ciento de las mujeres, cuando llegan a los cuarenta años, están semiciegas, y otro cuarenta por ciento de la juventud femenina necesita el auxilio de las gafas porque padece cansancio visual.

Constatamos que las mujeres en Almagro, con su industria encajera, estaban sometidas a la más miserable explotación. El metro de encaje, que el codicioso almacenista paga a una peseta, vale en su muestrario cuarenta.

## HABLANDO CON LOS COMPAÑEROS QUE TIENEN LA MISION DE ADMINISTRAR LA COLECTIVIDAD

Aunque no desconocíamos la metamorfosis operada en la vida política y social de Almagro, los amigos nos ilustran de cosas que consideramos dignas de mención y de encomio. El afán informativo y la predisposición que observamos en los compañeros colectivistas para demostrarnos la realidad de su magna obra social, nos induce a preguntar:

—En qué condiciones trabajaban en Almagro los campesinos antes de julio del 36?

—En condiciones más que vejatorias, trágicas —nos contestan los buenos compañeros en disposición de demostrarnos las ventajas, el progreso y las reivindicaciones que la colectividad ha conseguido para los campesinos.

—¿Qué jornal ganabais antes, en el régimen burgués?

—¡Oh, el jornal era un decir, ya que de los doce meses del año sólo cuatro se trabajaban, y en condiciones de auténticos esclavos.

Cuando había trabajo se ganaba catorce y quince reales por una jornada de sol a sol.

—¿En qué condiciones comenzasteis el nuevo sistema económico que tan ufanos mantenéis después de catorce meses?

—Comenzamos la colectividad con un inventario de cuarenta pares de mulas de labranza, las que se han aumentado hasta sesenta y cuatro. Con seis reses de ganado vacuno, que hoy se han multiplicado hasta sesenta y cinco en números redondos. Valía todo lo inventariado 117.000 pesetas, cuyo aumento hasta 620.000 ha sido la diferencia progresiva de nuestros trabajos colectivos.

—¿Qué sistema de salarios tenéis establecidos?

—El salario familiar, que a nuestro juicio es el más equitativo.

—¿Qué jornal ganan los campesinos en la colectividad?

—El jornal medio que gana cada uno de los trescientos sesenta y cinco días del año de trabajos en la colectividad ha sido el de seis sesenta, más cien pesetas de bonificación que se han dado a cada uno de los colectivistas y otras mejoras, como son las de derecho a médico y farmacia gratuita.

—¿Qué colaboración presta el Sindicato y la Colectividad a la guerra contra el fascismo?

—De nuestra organización confederal tenemos más doscientos en el frente, y la mala nueva de haber caído para siempre cuarenta y tres, entre los cuales inteligentes y buenos militantes de nuestro movimiento. Y además hemos pagado 22.000 pesetas de contribuciones y tributos al Estado.

—¿En qué relaciones políticas os encontráis con los compañeros de la U. G. T.?

—Con la U. G. T. y con Izquierda Republicana estamos en bonisimas relaciones.

—¿Colaboráis de acuerdo y con ecuanimidad en el Consejo Municipal?

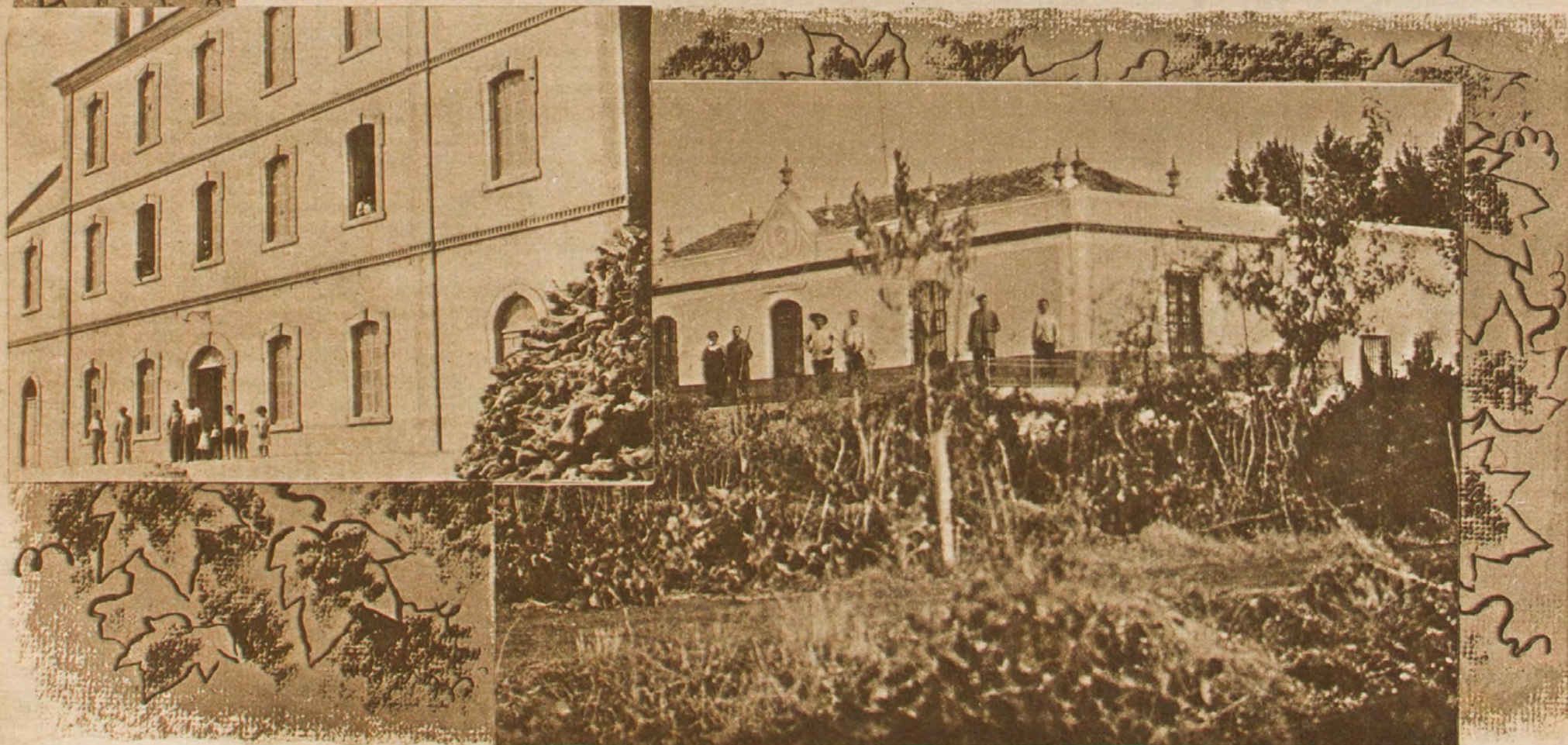
—Hasta el hecho de que hace nueve meses que lo constituimos, exentos de todo parcialismo, como lamentablemente no ocurre en la mayoría de los pueblos.

Y para que yo fuese el testimonio indubitable de lo que hablamos, los compañeros colectivistas me proponen visitar los lugares de trabajo, donde en realidad pudimos apreciar que los trabajadores, que ya tienen desterrada la incertidumbre de su pan cotidiano y el temor a la vigilancia esclavizadora de amos y lacayos, rehuyen sus cuerpos y maldiciendo el pasado, producen con iniciativas de artífices de un porvenir más justo y humano.

Almagro da una impresión optimista. La ponderación y la sencillez de las sds Organizaciones y la actitud razonadora de Izquierda Republicana dan pauta y ejemplo en el aspecto político, y la C. N. T. ofrece el espejo de su colectividad en el económico y socialrevolucionario.

¡Que los adversarios y los detractores convencionales del colectivismo ausculten y palpén la realidad en Almagro, y si se deben a la verdad y no les ciega la obcecación de un sectarismo partidista y mezquino, obligado les será reconocer que las colectividades son el diseño de una vida más próspera en la instintiva sociabilidad de los pueblos!

FRANCISCO CRESPO



Cinematográficas

# LA MASCOTA del SINDICATO UNICO DE ACTORES

de la muchachita

**E**N una visita girada a los Estudios de la C. E. A. encuentro rodando en un "film" de actualidad a una niña que me causa extrañeza y admiración al mismo tiempo. Indago reservadamente cuál es la misión de esta "vedette" cinematográfica española y me advierten que se trata de una figura experta en el difícil arte de la pantalla.

Aguardo impaciente el final de su trabajo y la requiero para hacerle unas preguntas.

Y en el momento de ir a darle un abrazo a su madre, que se encuentra embelesada contemplando a su hija menor, aprovecho la ocasión para presentarme.

—Oye, guapita: ¿Cómo te llamas?

Mira primero a su mamá, como si necesitara de ella el asentimiento de su respuesta, y muy resueltamente me dice:

—Pepita Ruiz de Huidobro. ¿No me conoces?

Cuando iba a dirigirle la segunda pregunta sale corriendo alegremente y vuelve con una muñeca grande a quien llama Mari Luz. Mientras juega con su "amiguita" voy sacándole declaraciones del cómo y el por qué se encuentra allí.

—¿Te gusta el cine, Pepita?

Me hace una sonrisa cariñosa, mira de nuevo a su madre y abre sus grandes ojos como queriendo darse cuenta de lo que motivan mis preguntas. Y convencida de ello, me relata con el carácter y la seriedad de una persona mayor lo que ha sido y lo que es.

—Yo he sido la Shirley Temple española cuando tenía cinco años y he trabajado en el cine con Angelillo. Me acuerdo más... Mi mamá entonces me compraba dulces y muñecas grandes —que me gustan mucho—, y además me llevaban en un automóvil y me sacaban muchas fotografías. Estaba más contenta...

La alegría que respira esta criatura mimosa y mimada, encontrada en un ambiente que le



*L. A. L. A. I. XXXXX*



favorece, me obliga a seguir interrogándola.

—¿Te gusta bailar?

—Yo sé bailar y ahora estoy aprendiendo a cantar con una profesora muy simpática y muy buena señora, que me ha dicho que muy pronto seré una artista cantando y bailando.

—¿Pero tú sabes quién era la Shirley Temple?

—Pues una niña como yo, muy guapa y muy simpática, y que tenía muchos trajes elegantes que se los regalaban por trabajar en el cine. Yo la he visto muchas veces en las películas, y es una artista completa que me da envidia...

Vuelve de nuevo a salir y trae en los brazos dos muñecas más que las coloca delante de ella y las habla en plan maternal. "Mira, Antoñita, si no te duermes te pegaré unos azotes —le dice a una— y te dejaré sin paseo mañana".

—¿Quieres decirme si te vas a dedicar al cine?

—Me preguntas unas cosas... Bueno. Esto te lo puede decir Ricardo Núñez, que trabajo con él, y como es muy bueno y me ha dicho que me querrá mucho si lo hago bien, pues fíjate si he de trabajar en muchas películas.

—¿Me quieres dar unas fotografías tuyas?

Ante esta demanda la niña se queda sorprendida, baja la vista en un gesto de meditación, y muy cautelosa me dice:

—¿Para qué quieres las fotos? En casa tengo muchas, y si mamá no tiene inconveniente, que te las dé. Pero, ¿a quién se las vas a enseñar?

—Para publicarlas en una revista que se llama UMBRAL, donde vienen muchas cosas bonitas como tú —le digo, y cambio de conversación.

—¿No te asustas de los obuses en Madrid?

—Al principio tenía mucho miedo, pero ya estoy acostumbrada; y más que asustarme, me divierten. Claro que hasta que no acabe la guerra no veré a mis hermanitos, que están muy lejos de aquí —me dice con tristeza.

—¿Tú sabes cuándo se termina la guerra?

—Pues el día que no se maten más hombres y niños. Yo besaré entonces a mis hermanitos y veré muchas ciudades y muchos cines, y comeremos muchos dulces, que ahora no hay. Tengo ganas que se mueran esos fascistas...

—No los quieres, ¿verdad?

—Porque son muy malos y matan a los niños y a los hombres.

—Cuando seas mayor, ¿te acordarás de lo que ahora sucede?

—Sí. Porque mi mamá ha llorado mucho.

Me dispongo a nuevas preguntas, pero una llamada indica que esta niña prodigiosa tiene que reanudar su labor artística. Me da un beso en señal de haber quedado buenos amigos, y cuando ya creo haberla despedido, vuelve rápida antes de marcharme y me dice:

—Oye. Yo soy de la F. A. I. de Durruti.

Como le muestro mi duda a su afirmación y ella se da cuenta, levanta las dos manitas sobre la cabeza rizada que adorna el cuerpo angelical de esta linda criatura y enlazándolas fuertemente me dice:

—Salud, compañero.

OLEGARIO LUCEA

# NO PASARÁN!

novela de Ipton Sincovir

(continuación)

—No, pero dos de mis amigos lo están gravemente. Y mis sentimientos también. Yo encuentro innoble esta manera de proceder y no hace más que confirmarme en mis impresiones sobre esos canallas que vosotros equitativos y ejércitos.

—No te honra mucho ese lenguaje en que me hablas —dijo Ernie con tono glacial y cortante—. Yo estoy seguro que si eso ha sido hecho por nuestro servicio de orden.

—Todos ellos llevaban vuestros pimpantes uniformes, Ernie.

—Bueno, pues eso quiere decir que habrá habido provocación, y yo no tengo más que añadir, sino que todo ello ha sido sin saberlo yo. Nosotros no hemos dado nunca órdenes en ese sentido, y nuestra organización no aprueba nunca semejantes actos.

—He creído reconocer perfectamente a algunos de tus amigos, de esos que yo encontré en vuestra fiesta al aire libre. ¿Es que tu servicio de espionaje no te había informado de que yo tenía billetes para ese baile?

—Ya te he dicho que yo no sé nada de todo eso.

—Hombre, como se me había ponderado tanto la habilidad de vuestro servicio de información, me había imaginado, naturalmente, que esa expedición había sido organizada en honor mío. Puedes decir a tus amigos que no me dan miedo... y que no conseguirán serme simpáticos.

—Estás, indudablemente, muy impresionado, Rudy, y no te encuentras en estado de formular una opinión. Los rojos han cometido en esta villa no sé cuántos atentados, y si algunos de nuestros hombres han querido contestar a una provocación, es fácil de comprender... pero no de excusar, y serán debidamente castigados.

—Gracias, Ernie —dijo Rudy—. Ya sé que tus nazis son muy amantes del orden y de la disciplina, y cómo practican la tolerancia y la libertad de pensamiento. Ya he oído sus canciones sobre la necesidad de aplastar el "frente rojo".

Y Rudy colgó el auricular.

### III

Rudy estaba tan furioso que le fué muy difícil quedarse dormido, no contribuyendo poco a ello su brazo, que le dolía mucho. Al día siguiente por la mañana descubrió una mancha negra y violácea en la cara interna del brazo derecho, donde había recibido el golpe del rompecabezas del nazi. Se vertió obligado durante algún tiempo a conducir con la mano izquierda y a no servir de la otra más que cuando no tuviese otro remedio.

Los periódicos de la mañana hacían una descripción detallada y exacta en su conjunto del atentado de la víspera, lo que confirmó a Rudy en su convicción de que aquella sociedad de tan buena policía pondría fin a la aplicación en las calles de los ensueños de Horacio Wessel. Telefonó a Teresa, que le enteró de que José no se encontraba tan mal como pudiera esperarse. Telefonó igualmente a la casa en que habitaba Adams. Este se encontraba en cama, con una clavícula rota y con otras heridas. Era un domingo por la mañana y Rudy anunció que iba a ir a verle.

Había hecho hasta entonces conocimiento con no pocas especies de revolucionarios, pero todavía no conocía comunistas y tenía curiosidad por conocerlos. Rudy se había figurado, a juzgar por lo que había leído en los periódicos, que el comunismo era un movimiento extranjero, y tuvo la sorpresa de encontrar en aquel departamento de una "casa requisada" de Yorkville a tres jóvenes miembros de dicho partido: el uno era hijo de un comerciante de Denver; el otro pertenecía a una familia de colonos cooperativistas de Arkansas, y el tercero, Adams, primo en quinto grado de un antiguo presidente de los Estados Unidos, y, en cuarto grado, de otro presidente.

La familia de Adams se había arruinado con ocasión de uno de los numerosos pánicos financieros, hacia 1893, según creía. Algunos de los individuos de esta familia habían encontrado ayuda y se habían levantado; pero el padre de Lawrence había sido un amable y pueril soñador, y su hijo había tenido que abandonar de muy joven el hogar para ir a ganarse la vida. Había recorrido toda la América, ejerciendo una veintena de oficios antes de haber alcanzado su mayoría de edad.

—Yo debo tener sangre de revolucionario en mis venas —dijo—, y daré el ser a las hijas de una nueva revolución americana.

—Larry —asi fué cómo le rogó a Rudy que le llamara en adelante— había quedado muy mal parado; pero lo tomaba a broma, diciendo que aquello eran los riesgos de la guerra.

Como todos los "rojos" que Rudy conocía, Rudy consideraba a aquel simpático retoño de la familia Messer como un adepto posible de sus propias doctrinas revolucionarias. Insistió para que Rudy se quedase un momento a charlar, porque los demás visitantes se veían obligados a partir sin tardanza, pues el domingo es un día muy ocupado para los militantes de un partido. Es el día en que los obreros están libres, y desde por la mañana hasta la media noche se les ofrece, bajo la forma de reuniones campesinas, de bailes, de mítines y de conferencias, múltiples ocasiones de encontrarse juntos.

Larry y su nuevo amigo hablaron, naturalmente, del episodio de la víspera. Rudy supo que aquel "raid" entraba en las previsiones de los comunistas. Descubrió después, cuando los conoció mejor, que todo estaba de acuerdo con su fórmula.

El antagonismo de las clases, imputable a la hostilidad del capitalismo, que cada vez se mostraba más agresivo en el mundo, se resumía en esta fórmula: comunismo contra fascismo. Los unos y los otros se daban cuenta de esto, y, en cada uno de los dos campos, todos se preparaban para lo que la Internacional llamaba "la lucha final".

Si los nazis tenían espías entre sus adversarios, éstos también los tenían entre los nazis. Larry Adams conocía el nombre de sus jefes, el papel que éstos habían desempeñado en Alemania y el que iban a des-

empeñar en América. Sabía cuánto dinero recibían y quién era el que estaba encargado de repartirlo. Parecía conocer tanto como el mismo Ernie Messer, y reveló a Rudy una multitud de detalles sobre la actividad de su propio primo. Sus famosos servicios de orden aterrizaron a los alemanes de América, como lo habían hecho, tres o cuatro años antes, a los alemanes de Alemania.

Larry parecía ser de la opinión de Teresa en lo que se refería a la incursión de la noche precedente: la Policía haría todo lo más la apariencia de que intervenía. Los personajes gordos de la política, aquí, en Nueva York, obedecían a los nazis al pie de la letra, y no hubieran podido conservar sus puestos si hubiesen entorpecido las órdenes de los camisas pardas. "Con mucho dinero se puede hacer en América todo lo que se quiere —dijo el joven comunista—. Conocemos a muchos tipos que han participado en el ataque de la noche anterior; daremos queja de ellos por razones de propaganda; pero ya verá usted como no se les detiene".

Rudy siguió, en efecto, las fases de este asunto, y tuvo la dolorosa sorpresa de ver que Larry no se equivocaba. A consecuencia de su denuncia se dictaron disposiciones contra uno de los asaltantes, un empleado de una casa de muebles de Yorkville que pertenecía al padre de Schmidt, aquel oficial nazi que había subido al coche de Ernie para asistir a la fiesta del campo de Siegfried. El padre Schmidt fué llamado a declarar, y declaró bajo juramento que su casa había permanecido abierta durante todo el día del sábado y que su em-

Por consiguiente, Rudy no se mostró sorprendido cuando una noche, muy tarde, cuando llegó a su casa a la salida de un mitin, oyó sonar el timbre del teléfono. Era Izzy, que con voz sollozante decía:

—Rudy, mi padre está muy malo. Me temo que esto sea el final. Dispénsame que le moleste...

—Nada de eso, ha hecho usted bien —exclamó el joven—. Voy inmediatamente.

Para ir más deprisa tomó el "Metro", que a aquella hora no estaba muy concurrido. Durante el camino tuvo tiempo para reflexionar. No era la muerte del pobre viejo, para el que la vida no era ya más que una tortura, lo que le apenaba, sino el dolor del pobre Izzy. Este adoraba a su padre, no solamente porque era su padre, sino porque era su maestro y su héroe.

Desde el momento en que Rudy abrió la puerta se convenció de que todo había concluido. El viejo José reposaba tendido en su lecho, inmóvil y de color de cera. Cerca del lecho Izzy lloraba, arrodillado, con la cabeza sepultada en sus manos. Rudy se acercó a él y se sentó en una silla a su lado. "Querido amigo", le dijo, poniendo una mano sobre su hombro.

Izzy lloraba en silencio. Así permanecieron los dos un gran rato sin pronunciar una palabra. Luego se abrió la puerta y entró Rosa. También a ella la habían prevenido. Su dolor se manifestó de otra manera que el de su hermano. Lanzó primero un gran grito, precipitándose sobre el lecho, y luego, cuando vió la imagen inmóvil de su padre, cayó al suelo presa de un ataque de nervios.



pleado no había dejado el servicio en ningún momento. No se necesitaba ser brujo para comprender cómo pasaban las cosas cuando se conocía la fórmula del juramento que los nazis prestaban al enrolarse. Era un compromiso solemne de permanecer fiel al "principio de autoridad", lo que equivalía, de hecho, a comprometerse a cometer toda clase de crímenes y a prestar cualquier falso juramento por orden de sus superiores.

### IV

Rudy tenía al presente bajo su mano a tres individuos de la clase desposeída. Entre otros, al viejo José Bloch, cuyo estado de salud era tan inquietante que Rudy había tenido que llamar a un médico a su costa. La prodigalidad de un hombre joven no conoce límites cuando se le mete en la cabeza deshacer los entuertos que la sociedad comete; no reconoce más límites, claro está, que los de su portamonedas.

El doctor se mostró concienzudo. Dijo a Rudy que si éste quería iría todos los días y le enviaría la nota, pero que no podía hacer nada para aliviar al enfermo, mirado no por los años, sino por las fatigas y las privaciones. No sufriría ya mucho tiempo. La Naturaleza es más piadosa que los hombres; reserva a todos un seguro asilo contra las miserias del porvenir, incluso contra las amenazas de la tiranía y el impuesto de sangre establecido por los parásitos de la sociedad.

Rudy se preguntaba si no sería preferible retirarse y dejar solos a la familia. Pero no lo hizo por Rosa, que tenía demasiada necesidad de consuelo para rechazar cualquiera que se le prestase. Allí mismo, en aquella miserable estancia pagada por la caridad, improvisaba para ella sola un mar de lamentaciones. Lloraba y gritaba, y para hacerla callar sólo fueron bastantes unos golpes dados en el tabique, acompañados de una voz ruda y varonil que ordenaba: "Queréis callaros, condenados".

Rosa había salido aquella noche con su "protector", así que pronto se sintió estenuada. Rudy e Izzy la decidieron a retirarse a su cuarto y a echarse en la cama, en donde acabó por dormirse después de sollozar largo rato. Entonces los dos jóvenes pudieron sentarse en paz a hablar de la muerte y de su misterio.

El pequeño socialista era todo un filósofo: no se sentía con derecho de derrochar en lamentaciones una energía útil a la causa. Todo el mundo debía morir, y los obreros antes; millones de ellos antes de haber alcanzado esa tierra prometida que la nueva religión del marxismo hacía entrever a la raza humana.

José había prohibido que se le llorase, así como ha-

(continuación)

Concesión de "Omnia Mundi", que prohíbe la reproducción total o parcial.

Ilustración de Lobo

# MADRID emocionado ante la memoria de DURRUTI



¿Ha rendido Madrid homenaje a Durruti? Ha hecho más: ha resucitado a Durruti; ha vuelto a sentir como una herida recién abierta todas aquellas alternativas de dolor, de angustia y de esperanza de su histórico noviembre.

En el Monumental Cinema, Madrid ha resucitado a Durruti; lo ha resucitado y lo ha vuelto a perder. Durruti ha vivido unos minutos en la palabra cálida y estremecida del camarada Antona, ha sido otra vez el gigante a cuya sombra la victoria flamea sus banderas, y el pueblo lo ha vuelto a llorar en los versos apañados de dolor del camarada Agraz.

Nuestras fotografías, que recogen varios aspectos del acto, han sabido sorprender los más finos matices de la emoción.

